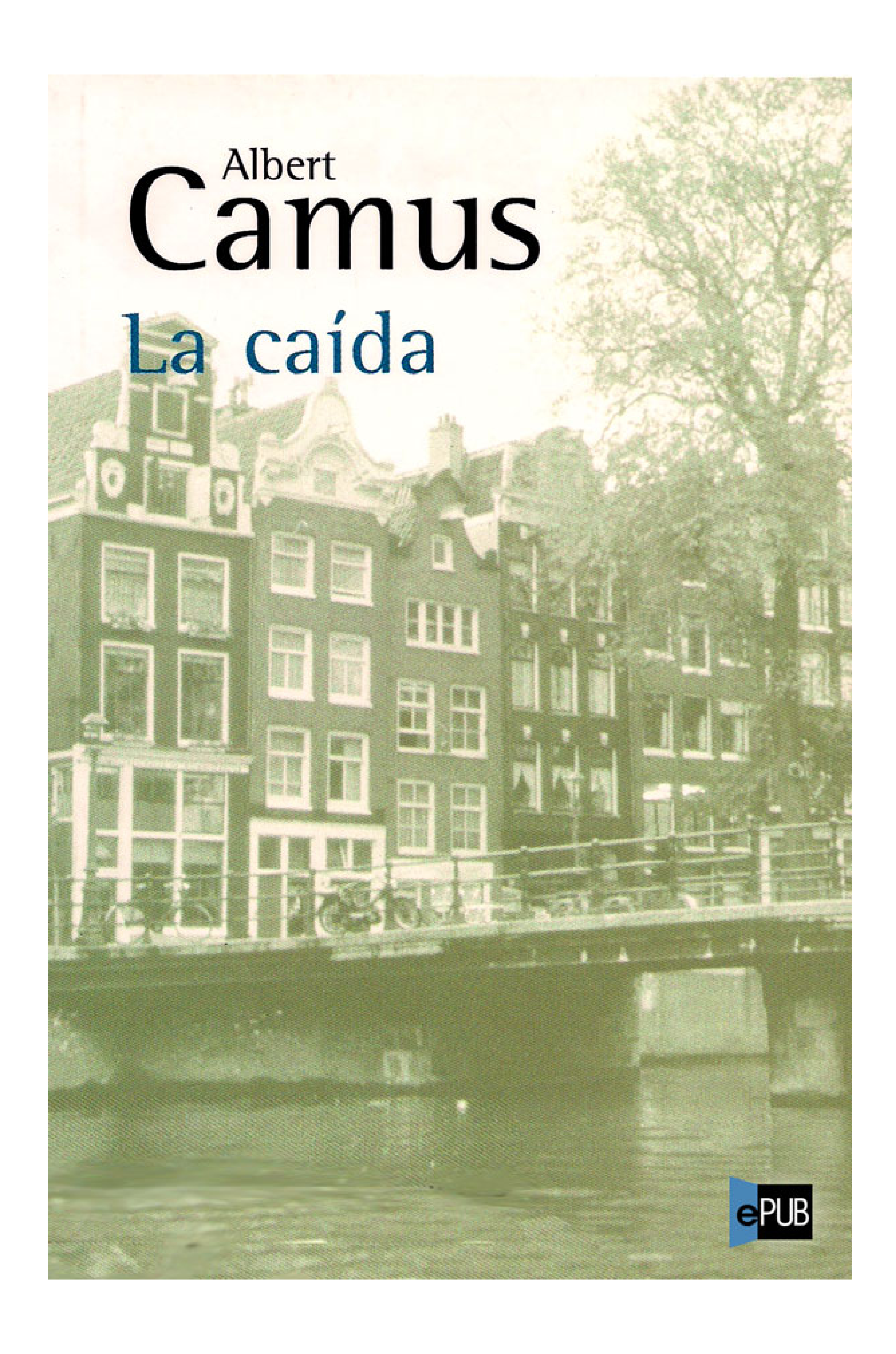


Albert
Camus
La caída
ePUB

La obra literaria y filosófica de Albert Camus sirvió de orientación ética y de estímulo intelectual a la generación europea llegada a la madurez tras la Segunda Guerra Mundial y marcada por los horrores y sufrimientos de la contienda. Publicada en 1956, un año antes de que se le concediera el premio Nobel, La Caída fue - tras El extranjero y La peste - la tercera y última novela de Camus, quien reflejó en ella la desesperación del hombre contemporáneo, condenado a vivir en un mundo dominado por el absurdo y forzado a descubrir, tras las ilusiones de la felicidad y la virtud, la dureza inclemente de una realidad hostil.



eBooks con estilo

Albert Camus

La caída

ePUB v2.0

Piolín.39 23.09.12

Título original: *El título del libro*
Albert Camus, fecha de publicación del original.
Retoque portada: Piolín.39

Editor original: neek05 (v1.0)
Segundo editor:Piolín.39 (v2.0)
ePub base v2.0

Aliquam adipiscing libero vitae leo
Mauris aliquet mattis metus

¿Señor, puedo ofrecerle mis servicios, sin correr el riesgo de parecerle importuno? Temo que no logre usted hacerse comprender por el estimable gorila que preside los destinos de este establecimiento. En efecto, sólo habla holandés. Amenos que usted no me autorice a abogar por su causa, él no adivinará que desea usted ginebra. Vamos, me atrevo a esperar que haya comprendido. Ese cabeceo ha de significar que el hombre se rinde a mis argumentos. Sí, en efecto, ya va, se apresura con una sabia lentitud. Tiene usted suerte, no gruñó. Cuando se niega a servir, le basta un gruñido, y entonces ya nadie insiste. Ser rey de sus humores es el privilegio de los animales más evolucionados. Pero, en fin, me retiro, señor, contento de haberle sido útil. Se lo agradezco y aceptaría, si estuviera seguro de no serle molesto. Es usted demasiado amable.

Pondré, pues, mi vaso junto al suyo.

Tiene usted razón, su mutismo es ensordecedor. Es el silencio de las selvas primitivas, cargado a más no poder. A veces, me sorprende la obstinación que pone nuestro taciturno amigo en su inquina por las lenguas civilizadas. Su oficio consiste en recibir a marinos de todas las nacionalidades en este bar de Ámsterdam que él llama, por lo demás, sin que nadie sepa por qué, México-City. Con semejantes deberes, bien pudiera temerse, ¿no lo cree usted?, que su ignorancia sea muy incómoda. ¡Imagínese al hombre de Cro-Magnon instalado en la torre de Babel! Por lo menos, el hombre de Cro-Magnon se sentiría un extraño en ese mundo. Pero éste, no; éste no siente su destierro. Sigue su camino sin que nada lo alcance. Una de las raras frases que oí de su boca proclamaba qué todo era cuestión de tomarlo o de dejarlo. ¿Qué era lo que había que tomar o dejar? Probablemente a nuestro propio amigo. Se lo confesaré: me atraen esas criaturas hechas de una sola pieza. Cuando, por oficio o por vocación, uno ha meditado mucho sobre el hombre, ocurre que se experimente nostalgia por los primates. Éstos no tienen pensamientos de segunda intención.

Nuestro huésped, a decir verdad, tiene algunos, aunque los alimenta oscuramente. A fuerza de no comprender lo que se dice en su presencia, ha adquirido un carácter desconfiado. De ahí le viene ese aire de gravedad sombría, como si tuviera la sospecha, por lo menos, de que algo no marcha bien entre los hombres. Esta disposición suya hace menos fáciles las discusiones que no atañen a su oficio. Mire por ejemplo allí, por encima de su cabeza, en la pared del fondo, ese espectáculo que marca el lugar de un cuadro que ha sido descolgado. Efectivamente, antes había allí un cuadro y particularmente interesante. Era una verdadera obra maestra. Pues bien, yo estuve presente cuando el amo de este lugar lo recibió y luego cuando lo cedió. En los dos casos lo hizo con la misma desconfianza, después de pasarse semanas rumiándolo. A este respecto, la sociedad echó a perder un poco, hay que reconocerlo, la franca simplicidad de su naturaleza.

Advierta usted bien que no lo juzgo. Considero fundada su desconfianza y yo mismo la compartiría de buena gana, si, como usted lo ve, mi naturaleza comunicativa no se opusiera a ello. Soy parlanchín, ¡ay!, y entablo fácilmente conversación. Aunque sepa guardar las distancias convenientes, todas las ocasiones son para mí buenas. Cuando vivía en Francia no podía encontrarme con un hombre de espíritu sin que inmediatamente me pegara a él. ¡Ah, advierto que le choca ese pretérito imperfecto de subjuntivo![1] Confieso mi debilidad por ese modo y el lenguaje correcto y elegante en general. Y es una debilidad que me reprocho, créamelo. Bien conozco que el gusto por la ropa blanca fina no supone necesariamente que uno tenga los pies sucios. Una cosa no impide la otra. El estilo, lo mismo que la ropa interior fina, disimula con demasiada frecuencia el eczema. Me consuelo diciéndome que, después de todo, los que farfullan un idioma no son, tampoco ellos, puros. Pero, claro está, volvamos a beber ginebra.

¿Se quedará usted mucho tiempo en Ámsterdam? Hermosa ciudad, ¿no le parece?

¿Fascinante? He aquí un adjetivo que no oía desde hace mucho tiempo, desde que abandoné Paris, para ser más preciso, hace ya varios años. Pero el corazón tiene su memoria y yo no olvidé nada de nuestra hermosa capital ni de sus muelles. París es un verdadero espejismo, una soberbia decoración habitada por cuatro millones de siluetas. ¿Casi cinco millones según el último censo?

¡Vaya que habrán hecho hijos! Y, a decir verdad, no me asombra.

Siempre me pareció que nuestros conciudadanos tenían dos furores: las ideas y la fornicación. A troche y moche, por así decirlo. Guardémonos, por lo demás, de condenarlos; no son los únicos. Toda Europa hace lo mismo. A veces imagino lo que habrán de decir de nosotros los historiadores futuros. Les bastará una frase para caracterizar al hombre moderno: fornicaban y leían periódicos. Después de esta aguda definición me atrevería a decir que el tema quedará agotado.

¿Los holandeses? Oh, no; son mucho menos modernos. Tienen tiempo; mírelos usted.

¿Qué hacen? Pues bien, estos señores viven del trabajo de esas señoras. Por lo demás, son machos y hembras, criaturas muy burguesas, que han venido aquí, como de costumbre, por mitomanía o por estupidez; en suma, por exceso o por falta de imaginación. De cuando en cuando, esos señores sacan a relucir el cuchillo o el revólver. Pero no crea usted que la cosa va en serio. Su papel exige que lo hagan así. Eso es todo; se mueren de miedo cuando disparan sus últimos cartuchos. Aparte de esto, los encuentro más morales que a los otros, los que matan en familia. ¿No ha advertido usted que nuestra sociedad se organizó para esta clase de liquidación?

Desde luego que ha oído usted hablar de esos minúsculos peces de los ríos brasileños que atacan por millares y millares al nadador imprudente, lo limpian en unos pocos instantes con mordiscos pequeños y rápidos y no dejan-de él más que un esqueleto inmaculado, Y bien, ésa es su organización. "¿Quiere usted una vida limpia? ¿Cómo todo el mundo?" Naturalmente que usted dice si. ¿Cómo decir no? "De acuerdo, vamos a limpiarlo. Aquí tiene un oficio, una familia, comodidades y expansiones organizadas." Y los pequeños dientes atacan la carne hasta los huesos. Pero, soy injusto. No hay que decir que sea su organización; mirándolo bien, es la nuestra: todo está en saber quién limpiará a quién.

Ah, por fin nos traen nuestra ginebra. ¡Por su prosperidad! Sí, el gorila abrió la boca para llamarme doctor. En estos países todo el mundo es doctor o profesor. A la gente le gusta respetar, por bondad y también por modestia. Aquí por lo menos la ruindad no es una institución nacional. Y, dicho sea de paso, yo no soy médico. Si quiere saberlo, era abogado antes de venir aquí. Ahora soy juez penitente.

Pero permítame que me presente: Jean-Baptiste Clamence, para servir a usted. Encantado de conocerlo. Probablemente es usted hombre de negocios, ¿no es así? ¿Más o menos?

¡Excelente respuesta! Y también muy cuerda, pues en todo somos siempre más o menos.

Veamos, permítame hacer un poco el papel de pesquisante. Tiene usted más o menos mi edad, el ojo avezado de los cuarentones que, más o menos, están ya todos de vuelta. Va usted más o menos bien vestido, es decir, como lo hacemos en Francia, y tiene las manos suaves. ¡De manera que es más o menos un burgués! ¡Pero un burgués refinado! Que le choquen los pretéritos imperfectos de subjuntivo prueba doblemente su cultura. Primero, porque los reconoce, y luego porque le irritan los nervios. Por último veo que le divierto, lo cual, sin vanidad, supone en usted cierta amplitud de espíritu. De modo que, más o menos es usted…, pero ¿qué importancia tiene?

Las profesiones me interesan menos que las sectas. Permítame que le haga dos preguntas y respóndalas únicamente en el caso de que no las juzgue indiscretas. ¿Tiene usted bienes de fortuna? ¿Algunos? Bien. ¿Los compartió con los pobres? No. Entonces es lo que yo llamo un saduceo. Si no practicó las Escrituras, hay que reconocer que no ha progresado usted gran cosa.

¿No? Entonces, ¿conoce usted las Escrituras? Decididamente usted me interesa.

En cuanto a mí… Bueno, júzguelo usted mismo. Por la estatura, los hombros y esta cara de la que a menudo me han dicho que era adusta, doy la impresión de ser un jugador de rugby, ¿no es cierto? Pero, si ha de juzgarse por la conversación, deberá admitirse que tengo cierto refinamiento. El camello cuyo pelo sirvió para hacer mi abrigó probablemente tenía sarna; pero en cambio llevo las uñas pulidas. Yo también soy avisado, y sin embargo me confío a usted sin precauciones por su aspecto. Por último, a pesar de mis buenas maneras y de la forma elegante de expresarme, frecuento bares de marineros del Zeedijk. ¡Vamos, no busque más! Mi oficio, lo mismo que la criatura, es doble. Eso es todo. Ya se lo dije, soy juez penitente. En lo que me concierne, sólo una cosa es clara: no poseo nada. Sí, fui rico; no, no compartí nada con los pobres. ¿Y qué prueba eso? Que yo también era un saduceo… Oh, ¿oye las sirenas del puerto?

Esta noche habrá niebla en el Zuyderzee.

¿Ya se va usted? Perdone por haberlo acaso detenido. Si me lo permite, no ha de ser usted quien pague. En el Mexico-City se halla usted en mi

casa. Me he sentido particularmente contento de recibirlo. Por cierto que estaré aquí mañana, como todas las tardes, y aceptaré reconocido su invitación. Su camino… Y bien…, pero ¿encontraría usted algún inconveniente en que lo acompañara hasta el puerto? Sería el medio más sencillo. Desde allí, bordeando el barrio judío, llegará usted a esas hermosas avenidas por las que desfilan tranvías cargados de flores y de músicas estruendosas. Su hotel, el Damrak, está en una de esas avenidas. Pase usted, se lo ruego; usted primero. Yo vivo en el barrio judío. O, mejor dicho, en el que se llamaba así hasta el momento en que nuestros hermanos hitleristas despejaron el lugar. ¡Qué limpieza! Setenta y cinco mil judíos deportados o asesinados. Eso es lo que se llama limpieza por el vacío. ¡Admiro esa aplicación, esa paciencia metódica! Cuando uno no tiene carácter debe someterse a un método. Aquí el método hizo indiscutiblemente maravillas. De manera que ahora yo habito en el lugar de uno de los mayores crímenes de la historia. Acaso sea eso lo que me ayuda a comprender al gorila y su desconfianza. De esta manera, puedo luchar contra esa inclinación de mi naturaleza que me lleva irresistiblemente a la simpatía. Cuando veo una cara nueva, algo en mi interior da la alarma. "Cuidado. Peligro." Y aun cuando la simpatía venza, yo continúo siempre en guardia.

¿Sabe usted que en mi aldea, en el curso de una acción de represalia, un oficial alemán pidió cortésmente a una anciana mujer que tuviera a bien elegir de entre sus dos hijos al que habría de ser fusilado? Elegir, ¿se imagina usted? ¿A éste? No. A este otro. Y luego verlo partir.

No insistamos, pero créame que todas las sorpresas son posibles. Conocí a un hombre de corazón duro, que rechazaba toda desconfianza. Era pacifista, libertario; amaba con un amor único a toda la humanidad y a los animales. Un alma de excepción, sí, eso es lo cierto. Pues bien, durante las últimas guerras de religión en Europa se había retirado al campo. Sobre el dintel de su puerta había escrito estas palabras: "Cualquiera que sea el lugar de donde vengáis, entrad y sed bienvenidos." ¿Y quién le parece a usted que respondió a esta hermosa invitación? Milicianos, que entraron como en su propia casa y lo destriparon.

¡Oh, perdón, señora! Por lo demás, esta mujer no entendió nada. ¿Y toda esa gente que anda tan tarde por las calles, a pesar de la lluvia que no ha dejado, de caer desde hace días?

Felizmente, disponemos de ginebra, la única luz en estas tinieblas.

¿Siente usted la luz dorada, bronceada, que nos introduce en el cuerpo? A mí me gusta andar a través de la ciudad por la noche, sintiendo el calorcillo de la, ginebra: Suelo pasearme así durante noches enteras. Sueño o bien me hablo interminablemente. Como esta noche, sí; y temo aturdirlo un poco. Gracias, es usted muy amable. Pero es la superabundancia, que se desborda. Apenas abro la boca las frases me afluyen. Además, este país me inspira. Me gusta esta gente que hormiguea por las aceras, apretada en un pequeño espacio de casas y de agua, cercada por brumas, por tierras frías, y este mar humeante como una lejía. Me gusta esta gente porque es doble. Está aquí y está en otra parte.

¡Eso mismo! Al escuchar sus torpes pasos en el pavimento pringoso, al verlos andar pesadamente entre sus comercios atiborrados de dorados arenques y de joyas de color de hojas muertas, probablemente usted cree que esta noche ellos están allí, ¿no es así? Usted es como todo el mundo. Confunde a estas buenas gentes con una tribu de síndicos y de mercaderes, que cuentan sus escudos, así como sus posibilidades de vida eterna, y cuyo único lirismo consiste en tomar a veces, cubiertos por amplios sombreros, lecciones da anatomía, ¿no? Pero usted se engaña. Cierto es que andan cerca de nosotros, y sin embargo, mire usted dónde están sus rostros: en esta bruma de neón, de ginebra y de menta, que desciende de los letreros rojos y verdes. Holanda es un sueño, señor, un sueño de oro y de humo, más humoso durante el día, más dorado durante la noche; pero noche y día ese sueño está poblado por figuras de Lohengrin, como éstas que se deslizan ensoñadoramente en sus negras bicicletas de altos manubrios, cisnes fúnebres que ruedan sin tregua en todo el país, alrededor del mar, a lo largo de los canales.

Sueñan con la cabeza en medio de sus nubes broncíneas, ruedan en redondo, oran, sonámbulos en el incienso dorado de la bruma; ya no están aquí. Se marcharon a millares y millares de kilómetros, se marcharon a Java, la remota isla. Oran a esos dioses gesticuladores de la Indonesia, de que llenaron todas sus vitrinas y que ahora vagan por encima de nosotros, antes de incorporarse, como lujosos monos, a los letreros luminosos y a los techos en forma de escalera, para recordar a estos colonos nostálgicos que Holanda no es solamente esta Europa de mercaderes, sino también el mar, el mar que lleva a Cipango y a esas islas en que los hombres mueren locos y felices.

¡Pero me abandono demasiado; estoy haciendo la apología de Holanda!

Perdóneme. Es la costumbre, señor, la vocación, y también el deseo que me anima de hacerle comprender esta ciudad y el corazón de las cosas. Porque aquí estamos en el corazón de las cosas. ¿Observó usted que los canales concéntricos de Ámsterdam se parecen a los círculos del infierno? El infierno burgués, naturalmente, poblado de malos sueños. Cuando uno llega del exterior, a medida que va pasando estos círculos, la vida, y por lo tanto sus crímenes, se hace más densa, más oscura. Aquí estamos en el último círculo, el círculo de los…, ah, ¿lo sabe? ¡Diablos, cada vez se me hace usted más difícil de clasificar! Quiere decir entonces que usted comprende por qué digo yo que el centro de las cosas está aquí, aunque nos encontremos en el extremo del continente. Un hombre sensible comprende estas singularidades. En todo caso, los lectores de periódicos y los fornicadores no pueden ir más lejos. Llegan de todos los rincones de Europa y se detienen alrededor del mar interior, en las arenas descoloridas de la playa. Escuchan las sirenas, buscan en vano la silueta de los barcos en medio de la bruma, luego vuelven a cruzar los canales y regresan a través de la lluvia. En todas las lenguas vienen a pedir, ateridos, ginebra en el Mexico-City. Allí los espero.

Será entonces hasta mañana, señor y querido compatriota. No, ahora encontrará sin dificultad su camino; me separaré de usted junto a ese puente. Por la noche nunca paso por un puente. Estas son las consecuencias de un voto. Suponga usted que alguien se arroje al agua. Hay dos posibilidades: o usted lo sigue, para salvarlo y, en la estación fría, corre usted el peor de los peligros, o bien lo abandona, y los impulsos reprimidos de zambullirse nos dejan, a veces, extrañas agujetas. Buenas noches. ¿Cómo? ¿Esas señoras que están detrás de aquellos escaparates? ¡Es el ensueño, señor! El ensueño barato, el viaje a las Indias. Esas señoras se perfuman con especias. Entra usted, ellas corren las cortinas y comienza la navegación. Los dioses descienden hasta los cuerpos desnudos y las islas derivan, dementes, tocadas con una cabellera pasmosa y desgreñada de palmeras bajo el viento. Pruébelo.

¿Qué es un juez penitente? ¡Ah; lo intrigué con el asunto!, ¿no? Pero, créame que no ponía ninguna malicia y que puedo explicarme con mayor claridad. En un sentido, esto forma parte de mis funciones. Pero primero tengo que exponerle ciertos hechos que lo ayudarán a comprender mejor mi relato.

Hace algunos años era yo abogado en París, y por cierto que un

abogado bastante conocido. Desde luego que no le dije mi verdadero nombre. Tenía yo una especialidad: las causas nobles. Las viudas y los huérfanos, como suele decirse; aunque ignoro por qué, pues al fin de cuentas hay viudas aprovechadas y huérfanos feroces. Sin embargo, me bastaba husmear en un acusado el más ligero olor de víctima para que entrara en acción. ¡Y qué acción! ¡Una tormenta!

Verdaderamente era como para pensar que la justicia se acostaba conmigo todas las noches. Estoy seguro de que usted habría admirado la exactitud de mi tono, el equilibrio de mi emoción, la persuasión y el calor, la indignación de mis defensas. La naturaleza me benefició en cuanto a la parte física. Adopto sin esfuerzo una actitud noble. Además, me sostenían dos sentimientos sinceros: la satisfacción de estar del lado bueno de la barra y un desprecio instintivo por los jueces en general. Ese desprecio; después de todo, acaso no fuera tan instintivo. Ahora sé que tenía sus motivos. Pero, considerado desde fuera, se parecía más bien a una pasión. No podemos negar que, por el momento, los jueces son necesarios, ¿no es así? Con todo, yo no podía comprender que un hombre se designara a sí mismo para ejercer esta sorprendente función. Yo lo admitía, puesto que lo veía; pero un poco como uno admite los saltamontes. La diferencia estaba en que las invasiones de esos ortópteros nunca me dejaron un centavo, en tanto que me ganaba la vida dialogando con gentes a las que despreciaba.

Pero lo importante era que yo estaba en el lado bueno y eso bastaba para lograr la paz de mi conciencia. El sentimiento del derecho, la satisfacción de tener razón, la alegría de poder estimarse uno mismo, son, querido señor, poderosos resortes para mantenernos en pie o para 'hacernos avanzar. En cambio, si usted priva a los hombres de estas cosas, los transformará en perros rabiosos. ¡Cuántos crímenes se cometieron sencillamente porque sus autores no podían soportar estar en falta! Conocí a un industrial que tenía una mujer perfecta, admirada por todos, y a la que él, sin embargo, engañaba. Ese hombre literalmente rabiaba por estar en falta, por encontrarse en la imposibilidad de recibir ni de darse un certificado de virtud. Cuantas más perfecciones mostraba su mujer, más rabiaba él. Por fin su culpa llegó a hacérsele insoportable.

¿Qué cree usted que hizo entonces? ¿Dejar de engañarla? No. La mató. Y fue así como lo conocí.

Mi situación era más envidiable. No sólo no corría el riesgo de entrar en el campo de los criminales (en particular, no tenía ninguna posibilidad

de dar muerte a mi mujer, puesto que era soltero), sino que además asumía la defensa de los criminales, con la única condición de que fueran asesinos buenos, así como otros son salvajes buenos. El modo mismo en que yo llevaba a cabo las defensas me procuraba grandes satisfacciones. Era realmente irreprochable en mi vida profesional. Por supuesto que nunca acepté sobornos; eso está fuera de cuestión. Tampoco me rebajé nunca a hacer personalmente diligencias. Más raro es el hecho de que jamás halagué a ningún periodista para tornármelo favorable, ni a ningún funcionario cuya amistad hubiera podido serme útil. Hasta tuve la oportunidad de que me ofrecieran dos o tres veces la Legión de Honor, que yo pude rechazar con una dignidad discreta, en la que encontraba mi verdadera recompensa. Por último, nunca hice pagar a los pobres, ni les hablé a voz en grito. No vaya a creer usted, querido señor, que me jacto de todo esto. Mi mérito era nulo: la avidez que en nuestra sociedad hace las veces de la ambición, siempre me divirtió. Yo apuntaba más alto; ya verá usted que la expresión es exacta en lo que me concierne.

Pero bien puede juzgar ya cuál era mi satisfacción. Gozaba de mi propia naturaleza y todos sabemos que en eso estriba la felicidad, aunque para aplacarnos mutuamente fingimos a veces que condenamos esos placeres tildándolos de egoísmo. A lo menos gozaba de esa parte de mi naturaleza que reaccionaba con tanta regularidad ante viudas y huérfanos, de suerte que a fuerza de ejercitarse terminaba por dominar toda mi vida. Por ejemplo, me encantaba ayudar a los ciegos a cruzar las calles. Cuando desde lejos descubría un bastón vacilante en la esquina de una calle, en un segundo me precipitaba hacia allí, me adelantaba a veces a la mano caritativa que ya se tendía, libraba al ciego de toda otra solicitud que no fuera la mía y con mano suave y firme lo conducía por el pasaje claveteado, entre los obstáculos de la circulación, hacia el puerto tranquilo de la acera donde nos separábamos con mutua emoción. Del mismo modo siempre me gustó dar indicaciones a los transeúntes, ofrecerles fuego, ayudar a empujar carritos demasiado pesados, a empujar un automóvil detenido por algún desperfecto, comprar el periódico que vendían los del Ejército de Salvación o las flores que ofrecía alguna vieja, aun sabiendo que ella las había robado en el cementerio de Montparnasse. También me gustaba, ¡oh!, y esto ya es más difícil de decir, me gustaba dar limosnas. Un gran cristiano amigo mío reconocía que el primer sentimiento que uno experimenta cuando ve que un mendigo se acerca a su casa es desagradable. Bueno, pues en mi caso era

peor: yo desbordaba de júbilo. Pero dejémoslo.

Hablemos más bien de mi cortesía, que era célebre, y sin embargo indiscutible. La urbanidad me deparaba, en efecto, grandes alegrías. Si ciertas mañanas tenía la suerte de ceder mi lugar en el ómnibus o en el subterráneo a quien visiblemente lo merecía, si recogía algún objeto que una vieja señora había dejado caer y se lo devolvía con una sonrisa que yo sabía muy bien exhibir, o si sencillamente cedía mi taxi a una persona que llevaba más prisa que yo, mi jornada se hacía luminosa. Hasta me alegraba, también tengo que decirlo, por esos días en que, hallándose en huelga los transportes públicos, tenía yo ocasión de recoger en mi coche, deteniéndome en las paradas de los ómnibus, a algunos desdichados conciudadanos que no podían volver a sus casas. Abandonar en el teatro mi butaca para permitir que una pareja estuviera reunida, colocar durante un viaje las valijas de una joven en la red situada demasiado alta para ella, eran otras tantas hazañas que yo cumplía con mayor frecuencia que otros, porque prestaba más atención a las ocasiones de hacerlas, ya que de ellas obtenía placeres más sabrosos.

Se me tenía también por generoso, y en efecto lo era. Regalé mucho, tanto en público como en privado. Pero lejos de sufrir cuando me separaba de un objeto o de una suma de dinero, dar me procuraba constantes placeres, el menor de los cuales no era por cierto una especie de melancolía que a veces nacía en mí al considerar la esterilidad de esos regalos y la probable ingratitud que los seguiría. La exactitud en cuestiones de dinero me abrumaba y siempre atendía a ellas de mal humor. Era menester que fuera dueño de mis liberalidades.

Éstos no son sino pequeños rasgos que, empero, le harán comprender las continuas delectaciones que la vida, y sobre todo mi oficio, me ofrecía. Por ejemplo, verse detenido en los corredores del Palacio de Justicia por la mujer de un acusado a quien había defendido únicamente por justicia o por lástima, quiero decir, gratuitamente, oír murmurar a esa mujer que nada, nada podría pagar lo que yo había hecho por ellos, responder entonces que todo era perfectamente natural, que cualquiera hubiera hecho lo mismo, y hasta ofrecer una ayuda para pasar los malos días que habrían de venir, y luego por fin poner término a las efusiones de la pobre mujer, besarle la mano y dejar sencillamente el asunto allí, pues créame, querido amigo, eso es alcanzar un punto más alto que el de la ambición vulgar y elevarse a ese punto culminante en que la virtud sólo se nutro de sí misma.

Detengámonos un poco en esas cimas. Ahora comprende usted lo que yo quería decir cuando hablaba de apuntar más alto. Precisamente me refería a esos puntos culminantes, los únicos en que me es posible vivir. Sí, nunca me sentí cómodo sino en situaciones elevadas. Hasta en los detalles de la vida tenía necesidad de hallarme "por encima". Prefería el ómnibus al subterráneo, las calesas a los taxis, las terrazas a los entrepisos. Aficionado a los aviones deportivos, en los que uno va con la cabeza descubierta al cielo, en los barcos era yo también él eterno paseante de las toldillas. Cuando iba a la montaña huía de los valles encajonados para ganar las gargantas y las mesetas; por lo menos era el hombre de las alturas. Si el destino me hubiera obligado 'a elegir un oficio manual, plomero o tornero, tenga usted la seguridad de que me habría decidido por los techos y habría trabado amistad con los vértigos. Los pañoles, las bodegas, los subterráneos, las grutas, los abismos, me horrorizaban. Hasta había dedicado un odio especial a los espeleólogos que tenían el descaro de ocupar la primera página de los diarios y cuyas hazañas me repugnaban. Esforzarse por llegar a la cota 800, corriendo el riesgo de que la cabeza quede aplastada en una garganta rocosa (¡un sifón, como dicen esos inconscientes!), me parecía el acto propio de caracteres pervertidos o traumatizados. ¡En todo eso había algo de crimen!

Un balcón natural, a quinientos o seiscientos metros sobre el nivel de un mar aún visible y bañado de luz, era en cambio el lugar en que yo respiraba mejor, sobre todo si estaba solo y muy por encima de las hormigas humanas. Me explicaba sin dificultad alguna que los sermones, las predicaciones decisivas, los milagros de fuego, se hubieran hecho en alturas accesibles. Según me parecía, no era posible meditar en los sótanos o en las celdas de las prisiones (a menos, claro está, que estuvieran situadas en una torre, con un extendido panorama); en los sótanos o en las celdas se enmohecía uno. Y comprendía muy bien a aquel hombre que, habiendo entrado en una orden religiosa, colgó el hábito porque su celda, en lugar de abrirse, como él lo esperaba, a un vasto paisaje, daba a-una pared. Puede estar usted seguro de que yo no me enmohecía. A toda hora del día, dentro de mí mismo y entre los demás, trepaba a las alturas, donde encendía visibles fuegos, y entonces se elevaba hacia mí una alegre salutación. Por lo menos era así como me complacía en la vida y en mi propia excelencia.

Felizmente mi profesión satisfacía esta vocación de las cimas. Me borraba toda amargura respecto de mi prójimo, que siempre me estaba

obligado y a quien yo nunca debí nada. La manera de ejercer mi profesión me colocaba por encima del juez, al que, a mi vez, yo juzgaba, y por encima del acusado, a quien yo obligaba a que me estuviera agradecido. Pese usted bien estas cosas, querido señor: yo vivía impunemente. Ningún juicio me alcanzaba; yo no estaba en la escena misma del tribunal, sino en otra parte, en los palcos altos, como esos dioses a los que de vez en cuando se hace descender por medio de un mecanismo, para transfigurar la acción y darle su sentido. Después de todo, vivir por encima de los otros sigue siendo la única manera de que los más lo vean y lo saluden a uno. Por lo demás, algunos de mis criminales buenos, al matar habían obedecido al mismo sentimiento. La lectura de los diarios, en la triste situación en que ellos se hallaban, les aportaba probablemente una especie de desgraciada compensación. Como muchos hombres, ya estaban hartos del anonimato y esa impaciencia, en parte, los había llevado a extremos enojosos. Porque, en suma, para ser conocido basta que uno dé muerte a su portera.

Desgraciadamente, se trata aquí de una reputación efímera, tantas porteras hay que merecen y reciben cuchilladas. El crimen ocupa continuamente el primer plano de la escena; pero el criminal no figura en ella, sino de modo fugaz y queda casi inmediatamente reemplazado. En fin, que estos breves triunfos se pagan demasiado caro. En cambio, defender a esos desdichados aspirantes a la reputación significaba ser verdaderamente reconocido en el mismo tiempo y en los mismos lugares, pero por medios más económicos. Esta circunstancia también me estimulaba a realizar meritorios esfuerzos para que los criminales pagaran lo menos posible: lo que ellos pagaban, lo pagaban un poco por mí. La indignación, el talento, la emoción, que yo derrochaba, me liberaban, en compensación, de toda deuda con respecto a ellos. Los jueces castigaban, los acusados expiaban su falta, y yo, libre de todo deber, sustraído al juicio y a la sanción, reinaba libremente en una luz edénica.

¿Y acaso no era en efecto el edén mismo, querido señor? ¿La vida aprehendida directamente? Ésa fue mi vida. Nunca tuve necesidad de aprender a vivir. Sobre ese punto ya lo sabía todo al nacer. Hay gente cuyo problema consiste en protegerse de los hombres o por lo menos en acomodarse a ellos. Para mí, la acomodación era cosa ya hecha. Familiar cuando el caso así lo requería, silencioso si era necesario, capaz tanto de desenvoltura como de gravedad, no encontraba obstáculos en parte alguna. Y lo cierto es que no estaba mal hecho. Me mostraba a la vez bailarín

infatigable y erudito discreto; conseguía amar al mismo tiempo, lo cual en modo alguno es fácil, a las mujeres y la justicia; practicaba deportes y cultivaba las bellas artes. Vaya, aquí me detengo para que no piense usted que me complazco en mí mismo. Pero le ruego que me imagine usted en la flor de la edad, de salud perfecta, generosamente dotado, hábil en los ejercicios del cuerpo, así como en los de la inteligencia, ni pobre ni rico; que dormía bien y que estaba profundamente contento de mí mismo, sin mostrarlo más que por una sociabilidad feliz.

Admitirá entonces que bien puedo hablar, con toda modestia, de una vida lograda.

Sí, pocos seres fueron más naturales que yo. Mi acuerdo con la vida era total. Me adhería a ella de arriba abajo, o sin rechazar nada de sus ironías, de su grandeza, de su miseria.

Especialmente la carne, la materia, lo físico, en una palabra, que desconcierta o desanima a tantos hombres en el amor o en la soledad, me procuraba, sin someterme, alegrías regulares. Yo estaba hecho para tener un cuerpo. De ahí esa armonía, ese dominio suelto de mí mismo que las gentes advertían y que, según me confesaban a veces, les ayudaba a vivir. Todos buscaban, pues, mi compañía. Por ejemplo, muchas veces alegaban que creían haberme conocido ya antes. La vida, sus seres, sus dones, venían a ofrecérseme. Yo aceptaba esos homenajes con un benévolo orgullo. A decir verdad, a fuerza de ser hombre, con tanta plenitud y sencillez, terminaba por sentirme un poco superhombre.

Había nacido en cuna modesta, pero oscura (mi padre era empleado), y sin embargo ciertas mañanas, y lo confieso humildemente, me sentía hijo de rey o zarza ardiente. Observe usted bien que se trataba de algo diferente de la certeza que yo tenía de ser más inteligente que todos los demás. Esta certeza no tiene, por lo demás, importancia alguna, ya que tantos imbéciles la comparten. A fuerza de estar colmado de dones, me sentía, vacilo en confesarlo, elegido, designado. Designado personalmente, entre todos, para el éxito largo y constante. A la postre, ése no era sino un efecto de mi modestia. Me negaba a atribuir el éxito exclusivamente a mis méritos, y no podía creer que el hecho de que en una única persona estuvieran reunidas cualidades tan diferentes y tan extremadas, fuera el resultado exclusivo del azar. Por eso, viviendo feliz, me sentía en cierto modo autorizado a gozar de esa felicidad en virtud de algún decreto superior. Si le digo a usted que no tenía ninguna religión, comprenderá aún más claramente todo lo que de

extraordinario había en esa convicción. Ordinario o no, ese sentimiento se elevó durante mucho tiempo por encima de lo cotidiano, de manera que literalmente hube de volar, por espacio de años enteros que, a decir verdad, todavía me pesan en el corazón. Volé hasta una noche en que… Pero no, éste es otro asunto que hay que olvidar. Por lo demás, acaso exagero. Verdad es que me hallaba satisfecho de todo. Pero al mismo tiempo, satisfecho de nada. Cada alegría me hacía desear otra. Iba de fiesta en fiesta. Ocurría que ocasionalmente bailaba varias noches seguidas, cada vez más cautivado por la vida y los seres. Y en esas noches, ya tarde, cuando la danza, el alcohol ligero, mi desenfreno, el violento abandono de todo el mundo, me lanzaban a una embriaguez cansada y plena al propio tiempo, me parecía a veces que, en el extremo de la fatiga y en el espacio de un segundo, comprendía por fin el secreto de los seres y del mundo. Pero el cansancio desaparecía al día siguiente, y con él el secreto. Y entonces yo volvía a lanzarme de nuevo.

Y así corría yo, siempre colmado, nunca saciado, sin saber dónde detenerme. Hasta un día, o mejor dicho, hasta una noche en que la música se interrumpió de pronto y las luces se apagaron. La fiesta en la que yo había sido feliz… Pero, permítame llamar a nuestro amigo el primate. Incline la cabeza para agradecerle y, sobre todo, beba conmigo, pues tengo necesidad de su simpatía.

Veo que esta declaración lo asombra. ¿Nunca tuvo usted súbitamente necesidad de simpatía, de ayuda, de amistad? Si, desde luego. Yo aprendí a contentarme con la simpatía. La podemos encontrar más fácilmente y además la simpatía no compromete a nada. En el discurso interior, "Crea usted en mi simpatía" precede inmediatamente a "Y ahora ocupémonos de otra cosa". Es un sentimiento propio de presidente de consejo. Se lo obtiene a bajo precio después de las catástrofes. En cambio, la amistad ya es algo menos sencillo. Tardamos en obtenerla y nos cuesta trabajo obtenerla. Pero, cuando la tenemos ya no hay manera de desembarazarse de ella.

Hay que enfrentarla. Sobre todo, no vaya a creer usted que sus amigos le telefonearán todas las noches, como deberían hacerlo, para saber si no es precisamente ésa la noche en que usted decidió suicidarse, o sencillamente si no tiene necesidad de compañía, si no se dispone a salir.

Pero no, si los amigos telefonean, tenga usted la seguridad de ello, lo hacen la noche en que usted no está solo y en que la vida le parece hermosa. Ellos más bien lo empujarán al suicidio, en virtud de lo que usted

se debe a sí mismo, según ellos. ¡Que el Cielo nos guarde, querido señor, de que nuestros amigos nos coloquen demasiado alto! En cuanto a aquellos cuya función es amarnos, quiero decir nuestros padres, nuestros allegados (¡qué expresión!), la cosa es diferente. Ellos siempre tienen pronta la palabra necesaria, pero más bien es una palabra como una bala. Nos llaman por teléfono como si tiraran con una carabina. Apuntan certeramente. ¡Ah, los Bazaine!

¿Cómo? ¿Que qué noche? Ya hablaré de eso. Tenga paciencia conmigo. Porque en cierto modo no he abandonado el tema, al hablar de los amigos y de los allegados. Mire usted, me hablaron de un hombre cuyo amigo estaba preso, y él se acostaba todas las noches en el suelo para no gozar de una comodidad de que habían privado a aquel a quien él quería. ¿Quién, querido señor, quién se acostará en el suelo por nosotros? ¿Si yo mismo soy capaz de hacerlo?

Mire usted, quisiera ser capaz, seré capaz, sí, un día todos seremos capaces de hacerlo y entonces nos salvaremos. Pero no es fácil, pues la amistad es distraída o, por lo menos, impotente. Lo que ella quiere, no puede realizarlo. Acaso, después de todo, lo que ocurre es que no lo quiere suficientemente, ¿no es así? ¿Acaso no amemos suficientemente la vida? ¿Advirtió usted que sólo la muerte despierta nuestros sentimientos? ¡Cómo queremos a los amigos que acaban de abandonarnos! ¿No le parece? ¡Cómo admiramos a los maestros que ya no hablan y que tienen la boca llena de tierra! El homenaje nace entonces con toda espontaneidad, ese homenaje que, tal vez, ellos habían estado esperando que les rindiéramos durante toda su vida. Pero ¿sabe usted por qué somos siempre más justos y más generosos con los muertos? La razón es sencilla. Con ellos no tenemos obligación alguna. Nos dejan en libertad, podemos disponer de nuestro tiempo, rendir el homenaje entre un cocktail y una cita galante; en suma, a ratos perdidos. Si nos obligaran a algo, nos obligarían en la memoria, y lo cierto es que tenemos la memoria breve. No, en nuestros amigos, al que amamos es al muerto reciente, al muerto doloroso; es decir, nuestra emoción, o sea, ¡a nosotros mismos, en suma!

Tenía yo un amigo al que evitaba las más de las veces. Me aburría un poco y además era un hombre que tenía moral. Pero en su agonía volvió a encontrarme, créamelo usted. No perdí ni un solo día. Se murió contento de mí y estrechándome la mano. Una mujer que con demasiada frecuencia me acosaba en vano, tuvo la buena ocurrencia de morirse joven. ¡Qué lugar

ocupó entonces de pronto en mi corazón! ¡Y cuando por añadidura se trata de suicidio! ¡Señor mío, qué delicioso trastorno! Suena el teléfono, el corazón desborda de emoción, las frases son voluntariamente breves, pero cargadas de sobrentendidos. Uno domina la pena y en todo esto hasta hay, sí, un poco de autoacusación.

El hombre es así, querido señor. Tiene dos fases: no puede amar sin amarse. Observe usted a sus vecinos, si por casualidad sobreviene un deceso en el edificio en que usted vive. Los inquilinos dormían en su vida insignificante y, de pronto, por ejemplo, muere el portero.

Inmediatamente se despiertan, se agitan, se informan, se apiadan. Hay un muerto y el espectáculo por fin comienza. Tienen necesidad de la tragedia, qué quiere usted. Ésa es su pequeña trascendencia, es su aperitivo. Por lo demás, ¿se trata simplemente de una casualidad, si le hablo ahora de un portero? Yo tenía uno, verdaderamente desdichado, la maldad misma, un monstruo de insignificancia y de rencores, que habría desanimado hasta a un franciscano. Yo ya ni siquiera le hablaba; pero por el solo hecho de existir, aquel hombre comprometía mi contentamiento habitual. Se murió y yo asistía su entierro. ¿Quiere usted decirme por qué lo hice?

Los dos días que precedieron a la ceremonia fueron, por otra parte, llenos de interés. La mujer del portero estaba enferma y permanecía acostada en la pieza única de su vivienda; de manera que junto a ella habían colocado el féretro sobre caballetes. Los inquilinos teníamos que ir nosotros mismos a buscar nuestra correspondencia. Abríamos la puerta y decíamos: "Buenos días señora", escuchábamos el elogio del desaparecido, que la portera señalaba con la mano, y nos llevábamos la correspondencia. Nada había de divertido en todo eso, ¿no le parece? Sin embargo, toda la casa desfiló por la portería, que apestaba a fenol. Y los inquilinos no mandaban a sus criados, no. Ellos mismos iban a aprovechar la ganga; claro está que también los domésticos, pero a hurtadillas. El día del entierro se vio que el ataúd era demasiado grande para pasar por la puerta de la portería. "Oh, querido mío", decía desde su cama la portera, con una sorpresa a la vez encantada y afligida, "¡qué grande era!" "No se preocupe usted, señora", respondía el empleado de la empresa de pompas fúnebres, "lo pasaremos a través y de pie". Lo pasaron, pues, de pie y luego lo acostaron; yo (con un antiguo mozo de café de quien vine a saber que bebía todas las noches su pernod con el difunto) fue el único que se llegó hasta el cementerio y arrojó flores sobre un ataúd cuyo lujo me asombró.

Inmediatamente después hice una visita a la portera para recibir sus expresiones de agradecimiento de actriz trágica. ¿Qué razón tiene todo eso? Dígamelo usted. Ninguna, como no sea el aperitivo.

También hube de enterrar a un viejo colaborador del colegio de abogados. Era un empleado a quien se menospreciaba bastante y a quien yo siempre estrechaba la mano. En el lugar en que trabajaba, yo estrechaba la mano de todo el mundo y más bien dos veces que una.

Esta cordial sencillez me valía, a poca costa, la simpatía de todos, que era necesaria para la dilatación de mi ánimo. En ocasión del entierro de nuestro oficinista, el presidente del colegio de abogados no se había molestado. Yo sí, y precisamente en vísperas de emprender un viaje, lo que hubo de subrayarse. Yo sabía que se advertiría mi presencia y que sería favorablemente comentada. ¿Comprende usted? Ni siquiera la nieve que caía aquel día me hizo retroceder.

¿Cómo dice usted? No tema, a eso voy. Y por lo demás no me he salido del asunto. Pero antes déjeme hacerle notar que mi portera, que se había arruinado a fuerza de gastar en el crucifijo una buena madera de roble y en repartir puñados de dinero para gozar mejor de su emoción, se lió un mes después con un rufián de hermosa voz. Él la azotaba, oíamos gritos espantosos y poco después el hombre abría la ventana y lanzaba a los aires su romanza preferida:

"Mujeres, qué bonitas sois." "¡Pero caramba!", decían los vecinos. Pero caramba, ¿qué?, le pregunto yo. Bueno, es que ese barítono tenía contra él las apariencias; y la portera también. Pero nada prueba que no se amaran. Y nada prueba tampoco que ella no amara a su marido. Por lo demás, cuando el rufián emprendió vuelo, con voz y brazo fatigados, ella, esa mujer fiel, volvió a los elogios del difunto. Después de todo, conozco a otros que, teniendo las apariencias a su favor, no son ni más constantes ni más sinceros. Conocí a un hombre que dedicó veinte años de su vida a una casquivana, a la que le sacrificó todo, las amistades, el trabajo, y hasta la decencia de su vida, y que una noche se dio cuenta de que nunca la había amado. Lo que ocurría es que se aburría; eso era todo. Se aburría como la mayor parte de la gente. Entonces se había creado, a toda costa, una vida de complicaciones y de dramas. ¡Es menester que pase algo en nuestra vida!

Aquí tiene usted la explicación de la mayor parte de los compromisos humanos. Es menester que pase algo, aunque sea el sometimiento sin amor, aunque sea la guerra o la muerte. ¡Vivan, pues, los entierros!

Yo por lo menos no tenía esa excusa. Yo no me aburría, puesto que reinaba. En aquella noche a que me referí, puedo hasta decirle que me aburría menos que nunca. No, verdaderamente no deseaba que pasara nada. Y sin embargo… Mire usted, querido señor; era un hermoso atardecer de otoño. En la ciudad se sentía aún cierta tibieza y sobre el Sena había ya cierta humedad. Caía la noche. El cielo estaba todavía claro en el oeste, pero iba oscureciendo.

Los faroles brillaban débilmente. Yo iba por la orilla izquierda del río hacia el puente de las Artes.

Las aguas brillaban entre los puestos cerrados de los vendedores de libros viejos. En los muelles había poca gente. En París ya se comía. Yo iba pisando las hojas amarillas y polvorientas que todavía recordaban el verano. El cielo se iba llenando poco a poco de estrellas que uno percibía fugazmente al alejarse de un farol para ir al encuentro de otro. Disfrutaba del silencio que había tornado a sobrevenir en la ciudad, gustaba de la ternura del atardecer, de un París desierto.

Estaba contento, había tenido un buen día: un ciego, la reducción de una pena que yo esperaba para un reo, el cálido apretón de manos de mi cliente, algunos actos de generosidad y, durante la tarde, una brillante improvisación frente a algunos amigos sobre la dureza de corazón de nuestra clase dirigente a la hipocresía de nuestra élite.

Yo había subido hasta el puente de las Artes, desierto a aquella hora, para contemplar el río que apenas se adivinaba en medio de la noche que ya había caído. Frente al Vert-Galant dominaba la isla. Sentía ascender en mi interior un vasto sentimiento de potencia y, ¿cómo podría decirlo?, de realización, que dilataba mi pecho. Me erguí y me disponía a encender un cigarrillo, el cigarrillo de la satisfacción, cuando en ese preciso instante detrás de mi estalló una carcajada. Sorprendido, me volví bruscamente. A mis espaldas no había nadie. Me llegué hasta el parapeto. Ningún bote, ninguna barca. Me volví hacia la isla y, de nuevo, oí la carcajada a mis espaldas. Un poco más lejos, como si fuera descendiendo por el río. Me quedé allí clavado, inmóvil. La risa iba disminuyendo de punto, pero la oía aún distintamente detrás de mí y no podía venir de otra parte sino de las aguas. Al mismo tiempo sentía los latidos precipitados de mi corazón. Entiéndame bien; aquella risa nada tenía de misterioso. Era una risa franca, natural, amistosa, lo cual volvía a poner las cosas en su lugar. Al cabo de un rato ya no oía nada más. Retorné a los muelles, tomé por la calle

Dauphine, compré cigarrillos que no necesitaba. Me sentía aturdido, respiraba con dificultad. Esa noche llamé a un amigo, que no estaba en su casa.

Vacilaba en salir, cuando de pronto oí una carcajada bajo mis ventanas. Abrí. En la acera vi, en efecto, a unos jóvenes que se separaban alegremente. Torné a cerrar las ventanas encogiéndome de hombros. Después de todo, tenía que estudiar un expediente. Fui al cuarto de baño para beber un vaso de agua. Mi imagen sonreía en el espejo, pero me pareció que aquella sonrisa era doble…

¿Cómo? Perdóneme usted, estaba pensando en otra cosa. Mañana probablemente vuelva a verlo. Mañana, sí, eso es. No, no. No puedo quedarme por más tiempo. Además, aquel oso pardo que usted ve allí me llama para una consulta. Sin duda es un hombre honrado a quien la policía acosa injustamente y por pura perversidad. ¿Le parece a usted que tiene la cara de asesino? Tenga la seguridad de que es la cara del empleo. También roba, y usted se sorprenderá al saber que ese hombre de las cavernas se especializó en el tráfico dé cuadros. En Holanda todo el mundo es especialista en pinturas y en tulipanes. Éste, con su aire modesto, es el autor del más célebre de los robos de cuadros. ¿Cuál? Acaso se lo diga. No se sorprenda usted por mi saber.

Aunque soy juez penitente, tengo aquí un violín de Ingres: soy el consejero jurídico de esta buena gente. Estudié las leyes del país y me hice de una clientela en este barrio, en el que no le exigen a uno diploma. No era cosa fácil, pero inspiro confianza, ¿no le parece? Tengo una hermosa risa, franca; mi apretón de manos es enérgico. Ésos son mis triunfos. Además, puse en orden ciertos casos difíciles. Primero por interés y luego también por convicción. Si los rufianes y los ladrones estuvieran siempre y en todas partes condenados, las gentes honradas se creerían todas y sin cesar inocentes, querido señor. Y a mi juicio —¡aquí, aquí es donde quería llegar!— es eso, sobre todo, lo que hay que evitar. De otra manera habría de qué reírse.

Verdaderamente, querido compatriota, le estoy reconocido por su curiosidad. Sin embargo, mi historia no es nada extraordinaria. Ha de saber usted, puesto que la cosa le interesa, que pensé un poco en aquella carcajada durante algunos días y que luego la olvidé. De cuando en cuando me parecía escucharla en alguna parte de mí mismo; pero casi siempre pensaba sin esfuerzo en cualquier cosa.

He de reconocer, con todo, que ya no puse los pies en los muelles de París. Cuando pasaba por allí en coche ó en automóvil, en mi interior se producía una especie de silencio. Creo que esperaba algo. Pero atravesaba el Sena, no ocurría nada y entonces respiraba. En aquellos momentos me sobrevenían también ciertas debilidades. Nada preciso. Una especie de abatimiento, si usted quiere. Una especie de dificultad para volver a adquirir mi buen humor. Vi a algunos médicos, que me dieron estimulantes. Me reanimaba un poco y luego volvía a caer en mi abatimiento. La vida se me hacía menos fácil: cuando el cuerpo está triste, el corazón languidece.

Me parecía que iba olvidando en parte aquello que nunca habla aprendido y que, sin embargo, sabía hacer tan bien, quiero decir, vivir. Sí, creo que fue entonces cuando comenzó todo.

Pero esta noche tampoco me siento muy bien. Hasta me cuesta trabajo formar las frases.

Me parece que hablo menos bien y que mi discurso es menos seguro. Probablemente se deba al tiempo. Se respira con dificultad. El aire está tan pesado que oprime el pecho. ¿Tendría usted inconveniente, querido compatriota, en que saliéramos a caminar un poco por la ciudad? Gracias.

¡Qué hermosos' son los canales por la noche! Me gusta el aliento de las aguas estancadas, el olor de las hojas muertas que se pudren en el canal y ese otro olor, fúnebre, que sube desde las barcas cargadas de flores. No, no, este gusto mío nada tiene de morboso, créame. Por el contrario, en mí es deliberado. Lo cierto es que me esfuerzo por admirar estos canales. Lo que más me gusta en el mundo es Sicilia. Ya ve usted. Y sobre todo apreciarla desde lo alto del Etna, en medio de la luz, con la condición de dominar la isla y el mar. Java también me gusta, pero en la época de los alisios. Sí, estuve allí en mi juventud. En general me gustan todas las islas. En ellas es más fácil reinar.

Casa deliciosa, ¿no? Las dos cabezas que ve usted allí son de esclavos negros. Se trata de un anuncio. La casa pertenecía a un vendedor de esclavos. ¡Ah!, en aquellos tiempos nadie escondía su juego. Tenían estómago, decían: "Vaya, tengo riquezas, trafico con esclavos, vendido carne negra." ¿Se imagina usted hoy a alguien que hiciera conocer así públicamente que ése es su oficio? ¡Qué escándalo! Ya me parece oír a mis conciudadanos parisienses; es que ellos son irreductibles en este punto. No vacilarían en lanzar dos o tres manifiestos; y tal vez más. Y, pensándolo

bien, yo agregaría mi firma a las de ellos. La esclavitud, ¡ah! Pero no; estamos contra ella. Que nos veamos obligados a instalarla en nuestra casa o en las fábricas, pase. Eso está en el orden de las cosas. ¡Pero, vanagloriarse de ello es el colmo!

Ya sé que no podemos prescindir de dominar o de que nos sirvan. Cada ser humano tiene necesidad de esclavos como el aire puro. Mandar es respirar. ¿También usted es de la misma opinión? Y hasta los más desheredados consiguen respirar. El último en la escala social tiene todavía a su cónyuge o a su hijo; si es soltero, a un perro. En suma, que lo esencial es poder enojarse sin que el otro tenga derecho a responder. "No se le responde al padre." ¿Conoce usted la fórmula? En cierto sentido es bien singular, porque, ¿a quién habíamos de responder en este mundo, sino a los que amamos? Pero, en otro sentido, es convincente. Alguien tiene que tener, al fin de cuentas, la última palabra. Porque a toda razón puede oponérsele otra, y así no se terminaría nunca. El poder, en cambio, lo decide todo terminantemente. Hemos tardado, pero al fin lo comprendimos. Por ejemplo, y usted debe de haberlo notado, nuestra vieja Europa filosofa por fin corno es debido. Ya no decimos, como en épocas ingenuas: "Yo pienso así, ¿cuáles son sus objeciones?" Ahora hemos adquirido lucidez; reemplazamos el diálogo por el comunicado.

"Nosotros decirnos que ésta es la verdad. Vosotros siempre podréis discutirla. Eso no nos interesa.

Pero, dentro de ayunos años, la policía os mostrará que yo tengo razón."

¡Ah, querido planeta! Ahora todo es claro en él. Nos conocemos. Sabemos de qué somos capaces. Vea, yo, para cambiar de ejemplo, ya que no de tema, siempre quise que me sirvieran con una sonrisa. Si la criada tenía aire triste, me envenenaba el día. Desde luego que ella tenía derecho a no estar alegre; pero yo me decía que era mejor para ella que me sirviera sonriendo y no llorando. En rigor de verdad, era mejor para mí. Sin embargo, sin ser glorioso, mi razonamiento no era del todo tonto. Análogamente, siempre me resistía a comer en restaurantes chinos. ¿Por qué? Porque los asiáticos, cuando permanecen callados y están ante blancos, tienen a menudo aire despectivo. ¡Desde luego que cuando sirven conservan ese aire! ¿Cómo podemos entonces gozar de un pollo a la china y, sobre todo, cómo podemos pensar, mirándolos, que tenemos razón?

Dicho sea entre nosotros, la servidumbre, y de preferencia sonriente, es,

pues, inevitable.

Pero no debemos reconocerlo. ¿No es mejor que aquel que no puede prescindir de tener esclavos, los llame hombres libres? Primero, por una cuestión de principios, y luego para no desesperarlos. Les debemos esta compensación, ¿no le parece? Así ellos continuarán sonriendo y nosotros conservaremos nuestra tranquilidad de conciencia. Si no fuera de este modo, nos veríamos obligados a volvernos sobre nosotros mismos, enloqueceríamos de dolor, y hasta nos haríamos modestos. Cualquier cosa puede temerse. Por lo demás, ningún anuncio comercial.

Éste de aquí, por ejemplo, es escandaloso. ¡Si todo el mundo se sentara a la mesa en el lugar que le corresponde, si revelara su verdadero oficio y su identidad, ya no sabríamos dónde poner la cara! Imagine usted tarjetas de visita como éstas: "Dupont, filósofo timorato o propietario cristiano, o humanista adúltero." Hay verdaderamente para elegir. ¡Pero eso sería el infierno! Sí, el infierno debe ser así: calles con letreros y ningún medio para explicarse. Queda uno clasificado de una vez por todas.

Por ejemplo usted, mi querido compatriota, piense en cuál podría ser su cartel. ¿Se calla usted? Vamos, ya me responderá después. En todo caso, yo sé cuál es el mío: un rostro doble, un encantador Jano, y por encima de él la divisa de la casa: "No os fiéis." En mis tarjetas se leería:

"Jean-Baptiste Clamence, comediante." Mire usted, poco después del atardecer de que le hablé, descubrí algo. Cuando abandonaba a un ciego en la acera a la cual lo había ayudado allegar, lo saludaba. Evidentemente, ese sombrerazo no estaba destinado a él, puesto que no podía verlo.

¿A quién, pues, se dirigía? Al público. Después de desempeñar el papel, vienen los saludos. No está mal, ¿eh? Otro día, por la misma época, a un automovilista que me agradecía por haberlo ayudado, le respondí que nadie habría hecho tanto como yo. Desde luego que quería decirle que cualquiera lo habría hecho. Pero ese desdichado lapsus se me quedó en el corazón. En punto a modestia, yo era realmente imbatible.

Debo reconocerlo humildemente, querido compatriota: siempre reventé de vanidad. Yo, yo, yo; ése era el estribillo de mi cara vida. Estribillo que se extendía a todo cuanto decía. Nunca pude hablar sin vanagloriarme. Sobre todo si lo hacía con esa estrepitosa discreción cuyo secreto yo poseía. Verdad es que siempre viví como hombre libre y poderoso. Sencillamente me sentía liberado con respecto a todos, por la excelente razón de que no reconocía ningún igual mío.

Siempre me estimé más inteligente que todo el mundo, ya se lo dije, pero también más sensible y más hábil, tirador excelente, conductor incomparable, mejor amante. Hasta en aquellos terrenos en que me resultaba fácil verificar mi inferioridad, como en el tenis, por ejemplo, juego en el que yo no era sino un contendiente mediocre, me era difícil no creer que, si tuviera tiempo de entrenarme, estaría entre los campeones. En mí no admitía sino superioridades, lo cual explicaba mi benevolencia y serenidad. Cuando me ocupaba de los demás, lo hacía por pura condescendencia, con toda libertad, y el mérito era todo mío: subía en un grado el amor que sentía por mí mismo.

Con algunas otras verdades, descubrí estas evidencias poco a poco, en el período que siguió a aquella tarde de que le hablé. No sucedió en seguida, no, ni tampoco muy claramente.

Primero fue menester que recuperara la memoria. Paulatinamente fui viendo con mayor claridad, fui aprendiendo un poco de lo que sabía. Hasta entonces un sorprendente poder de olvido siempre me había ayudado. Lo olvidaba todo y antes que ninguna otra cosa mis resoluciones. En el fondo, nada me importaba. La guerra, el suicidio, el amor, la miseria, eran cosas a las que, por cierto, prestaba atención cuando las circunstancias me obligaban a ello; pero lo hacía de manera cortés y superficial. A veces fingía apasionarme por una causa extraña a mi vida más cotidiana.

Sin embargo, en el fondo yo no participaba de esa causa, salvo, claro está, cuando mi libertad se veía contrariada. ¿Cómo decirlo? Las cosas me resbalaban. Sí, todo resbalaba sobre mí.

Pero, seamos justos. Lo cierto es que mis olvidos tenían mérito. Habrá usted observado que hay gentes cuya religión consiste en perdonar todas las ofensas, ofensas que, en efecto, perdonan, pero nunca olvidan. Yo no estaba hecho de tan buena madera para perdonar las ofensas; pero siempre terminaba por olvidarlas. Y aquel que se creía detestado por mí, no salía de su asombro cuando yo lo saludaba con una amplia sonrisa. Según su índole, admiraba entonces mi grandeza de ánimo o bien despreciaba mi torpeza, sin imaginar que la razón que me movía a tal actitud era más sencilla: había olvidado hasta el nombre de esa persona. La misma falla que me hacía indiferente o ingrato, me presentaba entonces como magnánimo.

Vivía, pues, despreocupado y sin otra continuidad que aquella del "yo, yo, yo".

Despreocupado por las mujeres, despreocupado por la virtud o el vicio,

despreocupado como los perros; pero yo mismo estaba siempre sólidamente presente en mi puesto. Iba así andando por la superficie de la vida, de alguna manera, en las palabras, pero nunca en la realidad. ¡Cuántos libros apenas leídos, cuántos amigos apenas amados, cuántas ciudades apenas visitadas, cuántas mujeres apenas poseídas! Hacía ademanes por aburrimiento o por distracción. Los seres desfilaban, querían atarse a mí; pero en mí no había nada y entonces sobrevenía la desdicha. Para ellos. Porque, en cuanto a mí, yo olvidaba. Nunca me acordé sino de mí mismo.

Sin embargo, poco a poco fui recobrando la memoria. O, mejor dicho, yo volví a ella y allí encontré el recuerdo que me esperaba. Antes de hablarle de esto, permítame usted, querido compatriota, que le dé algunos ejemplos (y no tengo la menor duda de que le servirán) de lo que descubrí en el curso de mi exploración.

Un día en que conduciendo mi automóvil, tardé un segundo en arrancar cuando apareció la señal verde, mientras nuestros pacientes conciudadanos descargaban sin dilación sus bocinas en mis espaldas, recordé de pronto otra aventura que me ocurrió en las mismas circunstancias.

Una motocicleta conducida por un hombrecillo seco, que llevaba lentes y pantalones de golf, me había pasado y se había instalado delante de mí en el momento en que aparecía la señal roja. Al detenerse, al hombrecillo se le había parado el motor y se esforzaba en vano para volver a ponerlo en marcha. Cuando apareció la señal verde, le pedí, con mi habitual cortesía, que apartara su motocicleta, a fin de que yo pudiera pasar. El hombrecillo continuaba poniéndose nervioso, a causa de su asmático motor. Entonces me respondió, de acuerdo con las reglas de la cortesía parisiense, que me fuera al diablo. Yo insistí, siempre cortés, pero con un ligero matiz de impaciencia en la voz. En seguida se me hizo saber que, de todos modos, podía irme adonde se me había mandado, a pie o a caballo. A todo, esto, a mis espaldas algunas bocinas comenzaban a hacerse oír. Con mayor firmeza pedí a mi interlocutor que fuera más urbano y que considerara que estaba impidiendo la circulación. El irascible personaje, exasperado sin duda por la mala voluntad, que se había hecho evidente, de su motor, me informó que si yo deseaba lo que él llamaba sacudirme el polvo, me lo ofrecía de todo corazón. Tanto cinismo me colmó de justo furor, de manera que salí de mi coche con la intención de darle una tunda a aquel grosero. Yo no creo ser cobarde (¡y que no lo piensen los demás!); era por lo menos una cabeza más alto que mi adversario, mis músculos siempre me

respondieron bien. Aún ahora creo que si alguno de los dos había de sacudir el polvo al otro, ése iba a ser yo. Pero apenas había yo bajado a la calzada cuando de la multitud que comenzaba a reunirse salió un hombre que, precipitándose sobre mí, me dijo que yo era el último de los cobardes y que no me permitiría golpear a un hombre que, teniendo una motocicleta entre las piernas, se encontraba, por consiguiente, en desventaja. Hice frente a ese mosquetero y, a decir verdad, ni siquiera lo vi. En efecto, apenas hube vuelto la cabeza cuando, casi en el mismo momento, oí de nuevo las explosiones del motor de la motocicleta y recibí un violento golpe en la oreja. Antes de que hubiera tenido tiempo de darme cuenta de lo que había pasado, la motocicleta se alejó. Aturdido, me dirigí maquinalmente hacia el D'Artagnan, cuando, en el mismo instante, un concierto exasperado de bocinas se levantó de la fila, ya considerable, de vehículos. Había vuelto a aparecer la señal verde. Entonces, aún un poco confuso, en lugar de sacudir al imbécil que me había interpelado, volví dócilmente a mi coche y arranqué mientras a mi paso el imbécil me saludaba con un "Pobre infeliz", del que todavía me acuerdo.

Episodio sin importancia, dirá usted. Sin duda. Sólo que me llevó mucho tiempo olvidarlo.

Ahí está lo importante del asunto. Sin embargo, tenía excusas. Me había dejado golpear sin responder, pero no se me podía acusar de cobardía. Sorprendido, interpelado por dos lados, yo había quedado confuso y las bocinas completaron mi confusión. Con todo, me sentía desdichado como si hubiera pecado contra el honor. Volvía a verme subiendo a mi coche, sin una reacción, bajo las miradas irónicas de una muchedumbre tanto más encantada por cuanto aquel día, lo recuerdo bien, llevaba yo un traje azul muy elegante. Volví a oír aquel "Pobre infeliz" que, así y todo, me parecía justificado. En suma, que me había desinflado públicamente; por obra de una concurrencia de circunstancias. Después del hecho, yo comprendía claramente lo que hubiera debido hacer. Me veía derribando a D'Artagnan de un buen gancho, volviendo a mi automóvil, persiguiendo al monito que me había golpeado, alcanzándolo, aplastándole la motocicleta contra una acera, apartándolo y aplicándole la paliza que con creces se merecía. Con algunas variaciones, hacía pasar centenares de veces este film por mi imaginación. Pero era demasiado tarde, de manera que durante días tuve que digerir un feo resentimiento.

Vaya, está lloviendo de nuevo. Cobijémonos en ese porche, ¿no le

parece? Bueno. ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí el honor! Pues bien, cuando volví a recordar esta aventura, comprendí lo que ella significaba. En definitiva, mis sueños no habían resistido la prueba de los hechos. Había soñado, esto resultaba ahora claro, con ser un hombre completo, que se había hecho respetar tanto en su persona como en su profesión. A medias un Cerdan, a medias un De Gaulle, si usted quiere. En suma, que quería dominar en todas las cosas. Por eso asumía actitudes artificiales y ponía más cuidado y coquetería en mostrar mi habilidad física que mis dotes intelectuales. Pero, después de haber sido golpeado en público sin reaccionar, ya no me era posible acariciar esta hermosa imagen de mí mismo. Si yo hubiera sido el amigo de la verdad y de la inteligencia que pretendía ser, ¿qué me habría importado aquella aventura, ya olvidada por quienes habían sido los espectadores? Apenas me habría acusado por haberme enojado sin casi motivos, y también estando enojado, por no haber sabido afrontar las consecuencias de mi cólera, carente de presencia de espíritu. En lugar de eso yo ardía por desquitarme, ardía por golpear y vencer, como si mi verdadero deseo no fuera ser la criatura más inteligente o la más generosa de la tierra, sino tan sólo apalear a quien se me antojara, ser siempre el más fuerte, y del modo más elemental. La verdad es que todo hombre inteligente, lo sabe usted muy bien, sueña con ser un gangster y con dominar en la sociedad exclusivamente por la violencia. Puesto que la cosa no es tan fácil como pudiera hacérnoslo pensar la lectura de novelas especializadas, generalmente uno se remite a la política y recurre al partido más cruel. ¿Qué importa, no le parece, que humillemos nuestro espíritu, si por ese medio conseguimos dominar a todo el mundo? En mí yo descubría dulces sueños de opresión.

Por lo menos sabía que no estaba del lado de los culpables, de los acusados, sino en la medida exacta en que su culpa no me causaba ningún daño. Su culpabilidad me hacía elocuente, porque yo no era la víctima. Cuando me veía amenazado, no sólo me convertía en un juez, sino en un amo irascible que, fuera de toda ley, quería aplastar al delincuente y hacer que cayera de rodillas. Después de esto, querido compatriota, es muy difícil continuar creyendo seriamente en qué uno tiene vocación por la justicia y en que es el defensor predestinado de viudas y huérfanos.

Puesto que la lluvia arrecia y tenemos tiempo, ¿me atreveré a confiarle un nuevo descubrimiento que hice poco después en mi memoria? Sentémonos al reparo, allí en ese banco.

Hace siglos que-los fumadores de pipa contemplan desde él cómo cae la misma lluvia sobre el mismo canal. Lo que tengo que contarle es un poco más difícil. Esta vez se trata de una mujer.

Sepa usted primero que siempre tuve éxito, y sin realizar grandes esfuerzos, con las mujeres. No digo que tuve éxito en hacerlas felices, ni siquiera en hacerme feliz yo mismo, a causa de ellas.

No; sencillamente tenía éxito. Lograba los fines que me proponía y más o menos cuando lo deseaba. Las mujeres encontraban en mí cierto encanto. Imagínese. ¿Sabe usted lo que es tener encanto? Una manera de oír que le responden a uno sí, sin haber formulado ninguna pregunta clara. Así me ocurría en aquella época. ¿Le sorprende a usted? Vamos, no lo niegue. Es muy natural, con la cara que ahora tengo. ¡Ay, después de cierta edad, todo hombre es responsable de su cara! La mía… pero ¿qué importa? El hecho, es que en mí encontraban encanto y yo lo aprovechaba.

Sin embargo, no ponía en juego ningún cálculo; obraba de buena fe, o casi de buena fe.

Mis relaciones con las mujeres eran naturales, sueltas, fáciles, como suele decirse. No me valía de ningún ardid, o únicamente de ese ardid ostensible que ellas consideran como un homenaje. Las amaba, según la expresión consagrada, lo cual es lo mismo que decir que nunca amé a ninguna.

La misoginia me parecía vulgar y tonta, de manera que siempre juzgué mejores que yo a casi todas las mujeres que conocí. Sin embargo, al colocarlas tan alto lo más frecuente era que las utilizara en lugar de servirlas.

Desde luego que el amor verdadero es excepcional. Sobrevendrá más o menos dos o tres veces por siglo. En lo restante del tiempo lo que hay es vanidad o tedio. Por lo que hace a mí mismo, en todo caso, yo no era la religiosa portuguesa. No tengo el corazón seco cuando llega el caso, sino, por el contrario, soy capaz de enternecimiento, y junto con eso tengo las lágrimas fáciles. Sólo que mis raptos se vuelven siempre hacia mí, mis enternecimientos me conciernen.

Después de todo, resulta falso afirmar que nunca haya amado. En mi vida por lo menos hube de alimentar un gran amor, del cual siempre fui el objeto. Desde este punto de vista, después de las inevitables dificultades de la edad muy juvenil, quedé rápidamente fijado: la sensualidad y únicamente la sensualidad reinaba en mi vida amorosa. Buscaba sólo objetos de placer

y de conquista. En esto me ayudaba, por lo demás, mi constitución física: la naturaleza se mostró generosa conmigo. Y yo estaba no poco orgulloso de ello; de manera que obtenía muchas satisfacciones de las que no sabría ya decir si eran de placer o de prestigio. Bien, dirá usted que continúo jactándome. No lo negaré y desde luego que me enorgullezco menos de mi jactancia que de aquello de que me jacto, puesto que era verdadero.

En todos los casos mi sensualidad, para no hablar sino de ella, era tan real que aun por una aventura de diez minutos, yo habría renegado de padre y madre, aunque luego tuviera que lamentarlo amargamente. ¡Qué digo! Sobre todo por una aventura de diez minutos, aún más, si estaba seguro de que no iba a tener un mañana. Desde luego que respetaba ciertos principios, entre ellos, por ejemplo, el de que la mujer de un amigo es sagrada. Lo que hacía entonces con toda sinceridad era sencillamente dejar de tener amistad con el marido, algunos días antes. ¿No debería llamar a esto sensualidad? La sensualidad no es repugnante en sí misma. Seamos indulgentes y hablemos, más bien, de una debilidad, de una especie de incapacidad congénita de ver en el amor otra cosa que lo que se hace en él. Pero, después de todo, esa debilidad era cómoda. Unida a mi facultad de olvido, favorecía a mi libertad. Al mismo tiempo, en virtud de cierto aire ausente y de irreductible independencia, que ella me daba, me ofrecía ocasión de nuevos éxitos. A fuerza de no ser romántico, daba sólido alimento a lo novelesco. Nuestras amigas, efectivamente, tienen esto de común con Bonaparte: siempre piensan obtener éxito en aquello en que todo el mundo fracasó.

En aquel comercio yo satisfacía, por lo demás, otra cosa aparte de la sensualidad: mi amor al juego. En las mujeres veía yo a las adversarias de cierto juego que, por lo menos, tenía visos de inocencia. Mire usted: no aguanto aburrirme y en la vida no aprecio sino las diversiones. Toda sociedad, por brillante que sea, me agobia rápidamente, en tanto que nunca me aburrí con las mujeres que me gustaban. Me cuesta trabajo confesarlo, pero habría renunciado a diez conversaciones con Einstein por un primer encuentro con una bonita figuranta. Verdad es que a la décima cita habría suspirado por Einstein o por lecturas serias. En suma, que nunca me preocupé por los grandes problemas, sino en los intervalos de mis modestas expansiones. Y cuántas veces, hallándome en la calle en medio de una discusión apasionada con amigos, perdía el hilo del razonamiento que se exponía porque una linda coqueta cruzaba en ese momento la calzada.

De manera que yo jugaba a ese juego. Sabía que a ellas no les gustaba que uno fuera demasiado rápidamente a la meta. Primero era necesaria la conversación, la ternura, como ellas dicen. Y siendo abogado, lo que me faltaba no eran discursos ni miradas, habiendo sido en el regimiento aprendiz de comediante. Cambiaba con frecuencia de papel, pero siempre representaba la misma pieza. Por ejemplo, el número de la seducción incomprensible, el número del "no sé por qué", del "no hay razón alguna, yo no deseaba ser atraído, estaba cansado del amor, etc….", era siempre eficaz, aunque fuera de los más viejos del repertorio. También representaba el número de la dicha misteriosa que ninguna otra mujer consiguió jamás depararnos, dicha que acaso no tenga futuro y que hasta con toda seguridad no lo tiene (pues uno no quería garantizar demasiadas cosas), pero que, precisamente por eso, era irreemplazable. Sobre todo había perfeccionado una pequeña tirada, siempre bien recibida, que usted aplaudiría, no me cabe la menor duda. Lo esencial de esa tirada descansaba en la afirmación, dolorosa y resignada, de que yo no valía nada, de que no valía la pena que se pegaran a mí, de que mi vida ya había terminado, de que no gozaba de la felicidad de todos los días, felicidad que acaso yo habría preferido a cualquier otra cosa, pero ¡ay!, ya era demasiado tarde. Guardaba, claro está para mí, los motivos de esa frustración decisiva, sabiendo que es mejor acostarse con el misterio. Por lo demás, en cierto modo yo mismo creía en lo que decía, vivía mi papel. No es, pues, sorprendente el hecho de que mis adversarias también se pusieran a representar con fuego. Las más sensibles de mis amigas se esforzaban por comprenderme y ese esfuerzo las llevaba a melancólicos abandonos. Las otras, satisfechas al ver que yo respetaba las reglas del juego y que tenía la delicadeza de hablar antes de obrar, se entregaban sin esperar a más. Entonces yo había ganado y doblemente, pues, además, del deseo que yo sentía por ellas, satisfacía al amor que me tenía a mí mismo al verificar cada vez mis brillantes facultades.

Y esto es tan cierto que aun cuando ocurría que algunas no me procuraban sino un placer mediocre, así y todo yo trataba de reanudar mis relaciones con ellas, de cuando en cuando, ayudado probablemente por ese deseo singular que favorece la separación seguida de una complicidad de pronto renovada; pero también lo hacía para confirmar que nuestros lazos existían siempre y que sólo dependía de mí estrecharlos. A veces hasta les hacía jurar que no pertenecerían a ningún otro hombre, para acallar, así, de una vez por todas, mis inquietudes sobre ese punto. Sin embargo, mi

corazón nada tenía que ver en estas inquietudes, ni siquiera tampoco mi imaginación. Una especie de pretensión se había en efecto encarnado en mí con tanta fuerza que me era difícil imaginar, a pesar de la evidencia, que una mujer, habiendo sido mía, pudiera alguna vez pertenecer a otro hombre. Pero ese juramento que ellas me hacían, al comprometerlas me liberaba. Puesto que no pertenecerían a nadie más, yo podía entonces decidirme a romper con ellas, lo que de otra manera me habría sido casi siempre imposible. La verificación, en lo tocante a ellas, la hacía de una vez por todas y mi poder quedaba asegurado por largo tiempo. Curioso, ¿no? Pues es así, querido compatriota. Unos gritan: "¡Ámame!"; los otros: "¡No me ames!" Pero cierta clase de hombres, la más desdichada, dice: "¡No me ames, pero permanéceme fiel!".

Sólo que, y ahí está la cosa, la verificación nunca es definitiva. Hay que volver a empezar con cada criatura. A fuerza de volver a empezar, uno contrae hábitos. Pronto el discurso se nos viene a la boca sin pensarlo, luego sigue el reflejo. Un día se encuentra uno en la situación de tomar una mujer sin desearla realmente. Créame, para ciertos seres, por lo menos, tomar lo que no desean es la cosa más difícil del mundo.

Eso fue lo que ocurrió un día y no viene al caso decirle a usted quién era ella. Le haré saber tan sólo que, sin llegar realmente a turbarme, me atraía por su aspecto pasivo y ávido.

Francamente todo fue mediocre, como no podía menos de esperarlo. Pero como nunca tuve complejos, me olvidé bien pronto de aquella mujer a la que no volví a ver. Yo pensaba que ella no se había dado cuenta de nada y ni siquiera me imaginaba que pudiera tener alguna opinión.

Por lo demás, a mis ojos su aire pasivo la separaba del mundo. Sin embargo, pocas semanas después vine a enterarme de que había confiado a un tercero mis insuficiencias. Inmediatamente sentí como si me hubieran engañado; no era tan pasiva como yo creía, no le faltaba facultad de juicio. Luego me encogí de hombros y procuré reírme de la cosa. Y hasta verdaderamente conseguí reírme; era claro que aquel incidente carecía de toda importancia. Si hay un dominio en que la modestia debería ser la regla, ¿no es el de la sexualidad, con todo lo que ella tiene de imprevisible? Pero no, es el de que consigue más, aun en la soledad. A pesar de mis encogimientos de hombros, ¿cuál fue en verdad mi conducta? Poco después volví a ver a aquella mujer; hice todo lo que era menester para seducirla y volver a poseerla verdaderamente. No me resultó muy difícil: a ellas

tampoco les gusta quedarse en un fracaso. A partir de ese momento y sin quererlo claramente, me puse a mortificarla de, todas las maneras. La abandonaba y la volvía a tomar, la obligaba a entregarse en momentos y en lugares que no eran los apropiados, la trataba de modo tan brutal, en todos los aspectos, que terminé por pegarme a ella como me figuro que un carcelero se liga a su preso. Y esto ocurrió hasta el día en que, en medio del violento desorden de un doloroso y obligado placer, ella rindió homenaje en voz alta a lo que la sometía. Aquel día comencé a alejarme de ella. Desde entonces la olvidé.

Convendré con usted, a pesar de su cortés silencio, que esta aventura no es precisamente brillante. ¡Piense sin embargo en su vida, querido compatriota! Hurgue en su memoria y tal vez encontrará alguna historia parecida, que va me contará usted después. En cuanto a mí, cuando recordaba aquella aventura no dejaba de reírme. Pero me reía con una risa diferente, bastante parecida a aquella que había oído en el puente de las Artes. Me reía de mis discursos y de mis defensas. Más aún de mis defensas, por otra parte, que de mis discursos con las mujeres. A ellas, por lo menos, les mentía poco. El instinto hablaba claramente, sin evasivas, en mi conducta. El acto de amor es en verdad una confesión. En él grita ostensiblemente el egoísmo, se manifiesta la vanidad, o bien se revela allí una generosidad verdadera. Por último, en aquella lamentable historia, aún más que en mis otras intrigas, yo había sido más franco de lo que pensaba. Había dicho quién era y cómo podía vivir. A pesar de las apariencias yo era pues más digno en mi vida privada, aun cuando (y sobre todo por eso) me condujera como acabo de decírselo, que en mis grandes vuelos profesionales sobre la inocencia y la justicia. A lo menos, viéndome obrar con los seres yo no podía engañarme acerca de la verdad de mi naturaleza. Ningún hombre es hipócrita en sus placeres. ¿Leí esto en alguna parte, querido compatriota, o sencillamente lo pensé?

Cuando consideraba, pues la dificultad que tenia para separarme definitivamente de una mujer, dificultad que me llevaba a mantener tantas relaciones simultáneas, no hacía responsable de ello a la ternura de mi corazón. No era la ternura de mi corazón lo que me hacía obrar cuando una de mis amigas, habiéndose cansado de esperar el Austerlitz de nuestra pasión, hablaba de retirarse. Inmediatamente era yo quien daba un paso adelante, era yo el que hacía concesiones, el que se hacía elocuente. La ternura y la dulce debilidad del corazón eran cosas que yo despertaba en las

mujeres en tanto que a mí no me quedaba sino la apariencia. Me sentía sencillamente un poco excitado porque se me había rechazado, un poco alarmado también por la posible pérdida de un afecto. A veces es verdad que me parecía sufrir realmente. Pero bastaba que la rebelde se marchara, para que la olvidara en seguida sin esfuerzo alguno, como la olvidaba, teniéndola junto a mí, cuando, en cambio, ella había decidido volver a mi lado. No, no era el amor ni la generosidad lo que me despertaba cuando me veía en peligro de que me abandonaran, sino únicamente el deseo de ser amado y de recibir lo que, según pensaba, se me debía. Apenas amado y apenas mi adversaria quedaba nuevamente olvidada, yo volvía a resplandecer, me sentía bien, me hacía simpático.

Observe usted que una vez que conseguía reconquistar un afecto tornaba a sentir su peso.

En ciertos momentos de impaciencia, me decía entonces que la solución ideal habría sido la muerte de la persona que me interesaba. Esa muerte habría fijado definitivamente los lazos que nos unían, por una parte, y por otra, habría quitado a esa mujer el carácter de obligación. Pero no puede uno desear la muerte de todo el mundo ni, en última instancia, despoblar el planeta para gozar de una libertad que no podía imaginar de otra manera. Mi sensibilidad se oponía a ello y también mi amor a los hombres.

El único sentimiento profundo que llegaba a experimentar en tales intrigas era la gratitud, cuando todo marchaba bien y cuando se me daba, al mismo tiempo que la paz, la libertar de ir y venir, que nunca me resultaba más agradable y alegre con unza mujer que cuando acababa de abandonar el lecho de otra, como si extendiera a todas las otras mujeres la deuda que había contraído poco antes con una de ellas. Cualquiera que fuera, por lo demás, la confusión aparente de mis sentimientos, el resultado que obtenía era claro: conservaba todos los afectos alrededor de mí para servirme de ellos cuando quisiera. De manera que no podía vivir de mi declaración misma, sino con la condición de que en toda la tierra todos los seres, o el mayor número posible de ellos, estuvieron vueltos hacia mí, eternamente vacantes, privados de vida independiente, prontos a responder a mi llamada en cualquier momento, consagrados por fin a la esterilidad hasta el día en que yo me dignara favorecerlos con mi luz. En suma, para que yo viviera feliz era necesario que los seres que elegía no vivieran de modo alguno. Debían recibir vida, muy de cuando en cuando, de mi capricho.

¡Ah, créame que en modo alguno me complazco en contarle todo esto!

Cuando pienso en ese período de mi vida en el que exigía tanto sin dar nada yo mismo, en el que movilizaba a tantos seres para servirme de ellos, en que los ponía, por así decirlo, al hielo para tenerlos un día u otro a mano, de acuerdo con lo que me conviniera, no sé en verdad cómo llamar al curioso sentimiento que me invade.

¿No será vergüenza? Dígame, querido compatriota, ¿no quema un poco la vergüenza? ¿Sí?

Entonces tal vez se trate de ella o de uno de esos ridículos sentimientos ligados al honor. En todo caso me parece que ese sentimiento no hubo ya de abandonarme desde aquella aventura que encontré en el centro de mi memoria y cuyo relato ya no puedo diferir por más tiempo, a pesar de mis digresiones y de los esfuerzos de una inventiva a la que espero haga usted justicia.

¡Vaya, dejó de llover! Tenga usted la bondad de acompañarme hasta mi casa. Estoy cansado, extrañamente cansado. No por haber hablado, sino ante la sola idea de lo que todavía tengo que decir. ¡Vamos! Unas pocas palabras bastarán para describir mi descubrimiento esencial. ¿Por qué decir más? Para que la estatua quede desnuda los bellos discursos deben volar.

La cosa ocurrió así: aquella noche de noviembre, dos o tres años antes del atardecer en que creí oír unas carcajadas a mis espaldas, dirigiéndome a mi casa iba hacia la orilla izquierda del río por el puente Royal. Era la una de la madrugada. Caía una lluvia ligera, más bien una llovizna, que dispersaba a los raros transeúntes. Volvía yo de casa de una amiga, que seguramente ya dormía.

Me sentía feliz en esa caminata, un poco embotado, con el cuerpo calmo, irrigado por una sangre tan dulce como la lluvia que caía. En el puente pasé por detrás de una forma inclinada sobre el parapeto, que parecía contemplar el río. Al acercarme distinguí a una joven delgada, vestida de negro. Entre los cabellos oscuros y el cuello del abrigo veía sólo una nuca fresca y mojada a la que no fui insensible. Pero después de vacilar un instante, proseguí mi camino. Al llegar al extremo del puente tomé por los muelles en dirección de Saint-Michel, donde vivía. Había recorrido ya unos cincuenta metros más o menos, cuando oí el ruido, que a pesar de la distancia me pareció formidable en el silencio nocturno, de un cuerpo que cae al agua. Me detuve de golpe, pero sin volverme. Casi inmediatamente oí un grito que se repitió muchas veces y que fue bajando por el río hasta que se extinguió bruscamente. El silencio que sobrevino en la noche, de

pronto coagulada, me pareció interminable. Quise correr y no me moví. Creo que temblaba de frío y de pavor. Me decía que era menester hacer algo en seguida y al propio tiempo sentía que una debilidad irresistible me invadía el cuerpo. He olvidado lo que pensé en aquel momento.

"Demasiado tarde, demasiado lejos… ", o algo parecido. Me había quedado escuchando inmóvil.

Luego, con pasitos menudos, me alejé bajo la lluvia. A nadie di aviso del incidente.

Pero ya hemos llegado. Ésta es mi casa, mi refugio. ¿Mañana? Sí, como usted quiera. Lo llevaré con mucho gusto a la isla de Marken. Verá el Zuyderzee. Nos encontraremos a las once en el Mexico-City. ¿Cómo dice usted? ¿Aquella mujer? ¡Ah, no sé, verdaderamente no sé! Ni al día siguiente ni en muchos otros días leí los periódicos.

Un pueblo de muñecas, ¿no le parece a usted? ¡La nota pintoresca no es precisamente lo que le falta! Pero no lo traje a esta isla por lo que ella tiene de pintoresco, querido amigo. Todo el mundo puede hacerle admirar cofias, zuecos, casas adornadas en las que los pescadores fuman tabaco fino en medio del olor de pintura encáustica. En cambio, yo soy uno de los pocos que puede mostrarle lo que aquí hay de importante.

Llegamos al dique. Tendremos que continuar para encontrarnos lo más lejos posible de estas casas demasiado graciosas. Sentémonos, ¿quiere usted? ¿Qué dice? ¿No es éste uno de los más hermosos paisajes negativos? Mire a nuestra izquierda, ese montón de cenizas que aquí llaman una duna, el dique gris a la derecha, la arena descolorida a nuestros pies y, frente a nosotros, el mar con color de lejía floja, y el vasto cielo, en el que se reflejan las pálidas aguas.

¡Un infierno blando, verdaderamente! Sólo líneas horizontales, ningún estallido, el espacio es incoloro, la vida, muerta. ¿No es éste un borrarse universal, la nada sensible a los ojos? ¡Y ningún hombre, sobre todo ningún hombre! Únicamente usted y yo, frente al planeta por fin desierto.

¿Que el cielo vive? Tiene usted razón, querido amigo. Se hace espeso, luego se horada, abre escaleras de aire, cierra puertas de nubes. Son las palomas. ¿No advirtió usted que el cielo de Holanda está lleno de millones de palomas invisibles, (tan alto vuelan), que baten alas, que suben y bajan con un mismo movimiento llenando el espacio celeste con olas espesas de plumas grisáceas, que el viento se lleva o trae? Las palomas esperan allá arriba, esperan todo el año, giran por encima de la tierra, miran hacia abajo,

quisieran descender; pero aquí no hay más que mar y canales, techos cubiertos por letreros y ninguna cabeza donde posarse.

¿No comprende usted lo que quiero decir? Le confesaré que estoy cansado. Pierdo el hilo de mi discurso. Ya no tengo aquella claridad de espíritu a que mis amigos se complacían en rendir homenaje. Por lo demás, digo mis amigos por una cuestión de principios. Ya no tengo amigos; sólo tengo cómplices. En cambio, aumentó su número. Ahora son todo el género humano, y dentro del género humano es usted el primero. El que está presente es siempre el primero. ¿Que cómo sé que no tengo amigos? Pues es muy sencillo: lo descubrí el día en que pensé en matarme para jugarles una mala pasada, para castigarlos en cierto modo. Pero ¿castigar a quién? Al unos se habrían sorprendido, pero nadie se sentiría castigado. Entonces comprendí que no tenía amigos. Además, aun cuando los hubiera tenido, yo no habría adelantado más por ello. Si me hubiera suicidado y hubiera podido ver en seguida sus caras, entonces sí el juego habría valido la pena. Pero la tierra es oscura, querido amigo, la madera espesa, opaca la mortaja.

¿Los ojos del alma, dice usted? Sí, sin duda, si es que existe un alma y si es que ella tiene ojos.

Pero, mire usted, no se está seguro, nunca se está seguro. Si estuviéramos seguros, tendríamos una salida, podríamos al fin hacernos tomar en serio. Los hombres no se convencen de nuestras razones, de nuestra sinceridad y de la gravedad de nuestras penas, sino cuando nos morimos.

Mientras estamos en la vida, nuestro caso es dudoso. Sólo tenemos derecho al escepticismo de los hombres. Por eso, si tuviéramos alguna certeza de que podemos gozar del espectáculo, valdría la pena probarles lo que ellos no quieren creer, valdría la pena asombrarlos. Pero usted se mata y, ¿qué importancia tiene entonces el que ellos le crean o no? Usted no está presente para recoger su asombro y su contrición, por lo demás fugaces. Usted no está allí para asistir, por fin, de acuerdo con el sueño de cada hombre, a sus propios funerales. Para dejar de ser dudoso, hay que dejar de ser, lisa y llanamente.

Por lo demás, ¿no es mejor así? Sufriríamos demasiado por la indiferencia de ellos. "¡Me lo pagarás!", decía una muchacha a su padre, porque él le había impedido casarse con un adorador demasiado bien peinado. Y ella se mató. Pero el padre no pagó absolutamente nada. Le gustaba enormemente ir a pescar. Tres domingos después del suicidio,

volvía al río para olvidar, según él decía. Y había calculado bien, porque olvidó. A decir verdad, lo contrario es lo que habría sorprendido. Cree uno morir para castigar a su mujer, cuando en realidad lo que hace es devolverle la libertad. Es mejor no ver esas cosas. Sin contar con que correrá uno el riesgo de oír las razones que ellos dan de nuestra acción. En lo que me concierne, ya los oigo decir: "Se mató porque no pudo soportar…" ¡Ah, querido amigo, qué pobres son los hombres en su inventiva!

Siempre creen que uno se suicida por una razón; pero muy bien puede uno suicidarse por dos razones. No, eso no les entra en la cabeza. Entonces, ¿para qué morir voluntariamente? ¿Para qué sacrificarse a la idea que uno quiere dar de sí mismo? Una vez que usted está muerto, ellos se aprovecharán para atribuir a su acto motivos idiotas o vulgares. Los mártires, querido amigo, tienen que elegir entre ser olvidados, ser ridiculizados, o bien utilizados. En cuanto a que se los comprenda, eso nunca.

Y además, vayamos derecho al grano, amo la vida. Ésta es mi verdadera debilidad. La amo tanto que no tengo ninguna imaginación para lo que no sea ella. Semejante avidez tiene algo de plebeyo, ¿no le parece? No podemos imaginar la aristocracia sin un poco de distancia respecto de sí mismo y de la propia vida. Si es preciso, se muere. Más bien se rompe uno que se dobla. Pero yo, yo me doblo, porque continúo amándome. Vaya, después de todo lo que le he contado, ¿qué cree usted que me sobrevino? ¿La repugnancia por mí mismo? Vamos, vamos pues, lo que me repugnaba era sobre todo lo demás. Claro está que yo conocía mis desfallecimientos y los lamentaba. Con todo, seguía olvidándolos con una obstinación bastante meritoria. En cambio, el proceso de los otros era cosa que se realizaba sin tregua en mi corazón. Por cierto. ¿Y eso le choca? Tal vez piensa usted que no es lógico, ¿no? Pero la cuestión no está en deslizarse de través y sobre todo, ¡oh, sí!, sobre todo la cuestión está en evitar el juicio. No digo evitar el castigo, pues el castigo sin juicio es soportable. Por lo demás, existe una palabra que garantiza nuestra inocencia: la desdicha. No. Aquí se trata, por el contrario, de cortar el juicio, de evitar siempre que a uno lo juzguen, de hacer que la sentencia nunca sea pronunciada.

Pero no se elimina tan fácilmente el juicio. Hoy día estamos siempre prontos a juzgar, así como a fornicar. Con esta diferencia: que no hay que temer desfallecimientos. Si abriga usted duda, escuche las conversaciones

de las mesas durante el mes de agosto, en esos hoteles de verano a que acuden nuestros caritativos compatriotas para hacer su cura de tedio. Si vacila uno en sacar la conclusión que le digo, lea entonces lo que escriben nuestros grandes hombres del momento, o bien observe a su propia familia. Quedará usted edificado. . ¡Querido amigo, no les demos pretextos para que nos juzguen, por pocos que ellos sean! De otra manera quedaremos reducidos a piezas. Nos vemos obligados a ser tan prudentes como el domador. Si antes de entrar en la jaula éste tiene la desgracia de cortarse con la navaja, ¡qué panzada para las fieras! Lo comprendí todo de golpe el día en que me asaltó la sospecha de que tal vez yo no era tan admirable. Desde entonces me he hecho desconfiado. Puesto que sangraba un poco, ellos iban a devorarme.

Las relaciones que mantenía con mis contemporáneos eran las mismas en apariencia. Y, sin embargo, se hacían sutilmente desacordadas. Mis amigos no habían cambiado. Cuando se presentaba la ocasión continuaban alabando la armonía y la seguridad que encontraban en mí; pero yo era sensible sólo a las disonancias, al desorden que me llenaba; me sentía vulnerable y entregado a la acusación pública. A mis ojos, mis semejantes dejaban de constituir el auditorio respetuoso al que estaba acostumbrado. El círculo de que yo era centro se quebraba y ellos se colocaban todos en una sola línea como en el tribunal. A partir del momento que tuve conciencia de que en mí había algo que juzgar, comprendí que en ellos había una vocación irresistible de ejercer el juicio. Sí, allí estaban como antes, pero ahora se reían. O mejor dicho; me parecía que al encontrarse conmigo, cada uno de ellos me miraba con una sonrisa solapada. En esa época hasta tuve la impresión de que me hacían zancadillas. Y en efecto, dos o tres veces, tropecé sin razón al entrar en lugares públicos. Y una vez llegué a caerme. El francés cartesiano que yo soy se rehízo rápidamente y atribuyó tales accidentes a la única divinidad razonable, quiero decir, al azar. Así y todo, me quedó la desconfianza.

Una vez despierta mi atención no me fue difícil descubrir que tenía enemigos. Primero en mi trabajo y luego en la vida mundana. A los unos los había servido; a los otros debería haberles sido útil. Todo eso, en definitiva, estaba en el orden de las cosas y vine a descubrirlo sin demasiada pena. En cambio; me fue más difícil y doloroso admitir que tenía enemigos entre gentes a quienes apenas conocía o que en modo alguno conocía. Siempre pensé, con la ingenuidad de que ya le di algunas

pruebas, que aquellos que no me conocían no podrían dejar de quererme, si llegaban a frecuentarme. Pues bien, no. Encontré enemistad sobre todo entre aquellos que sólo me conocían de muy lejos y n quienes yo mismo no conocía. Sin duda sospechaban que yo vivía plenamente, en un libre abandonarme a la felicidad; eso no se perdona.

El tener uno el aspecto de éxito cuando se lo exhibe de cierta manera es capaz de hacer rabiar a un asno. Por otra parte, mi vida estaba llena a más no poder y; por falta de tiempo, yo rechazaba muchos ofrecimientos. Por la misma razón olvidaba en seguida que los había rechazado. Sólo que quienes me habían hecho tales ofrecimientos eran gentes cuya vida no estaba llena y que, por la misma razón, recordaban mis desaires.

Y así es como, para tomar sólo un ejemplo, las mujeres, al fin de cuentas, me costaban caro. El tiempo que les dedicaba no podía dedicárselo a los hombres, que no siempre me perdonaban. ¿Cómo arreglárselas? No nos perdonan nuestra felicidad y nuestros éxitos, si no consentimos generosamente en compartirlos. Pero para ser feliz no hay que ocuparse demasiado de los otros. Luego, no hay salida posible. Feliz y juzgado o bien absuelto y miserable. En mi caso la injusticia era mayor: me veía condenado por felicidades pasadas. Había vivido mucho tiempo en la ilusión de un acuerdo general, siendo así que por todas partes los juicios, las flechas y las burlas caían sobre mí, que me hallaba distraído y sonriente. Desde el día en que me mantuve alerta, cobré lucidez, recibí todas las heridas al mismo tiempo y perdí mis fuerzas de golpe.

Entonces el universo entero se puso a reír alrededor de mí.

Y eso es lo que ningún hombre (salvo los que no viven, quiero decir, los sabios) puede soportar. La única posición cómoda es la maldad. La gente se apresura entonces a juzgar para no verse ella misma juzgada. ¿Qué quiere usted? La idea más natural del hombre, la que se le presenta espontánea e ingenuamente como del fondo de su naturaleza, es la idea de su inocencia.

Desde este punto de vista, todos somos como aquel pequeño francés que, en Buchenwald, se obstinaba en que el escribiente, que también era un prisionero y que registraba su llegada al campo, redactara una reclamación. ¿Una reclamación? El escribiente y sus ayudantes se echaron a reír. "Es inútil, viejo. Aquí no se hacen reclamaciones." Es que, mire usted, señor", decía el pequeño francés, "mi caso es excepcional. Soy inocente."

Todos somos casos excepcionales. ¡Todos queremos apelar a algo!

Cada cual pretende ser inocente a toda costa, aunque para ello sea menester acusar al género humano y al cielo.

Complacerá usted mediocremente a un hombre si lo felicita por los esfuerzos gracias a los cuales llegó a ser inteligente o generoso. En cambio, se hinchará de satisfacción si admira usted su generosidad natural. Inversamente, si le dice usted a un criminal que su falta no se debe a su naturaleza o a su carácter, sino a circunstancias desgraciadas, le quedará violentamente reconocido. Y durante la defensa, el criminal en cuestión hasta elegirá ese momento para ponerse a llorar. Sin embargo, no hay mérito alguno en ser honrado o inteligente de nacimiento, así como seguramente uno no es tampoco más responsable de ser criminal por naturaleza que criminal por las circunstancias. Pero esos bribones quieren la gracia, es decir, la irresponsabilidad, y entonces alegan, sin vergüenza alguna, justificaciones de la naturaleza o las excusas de las circunstancias, aunque sean, contradictorias. Lo esencial es ser inocente, que sus virtudes, por gracia de nacimiento, no puedan ponerse en tela de juicio, y que sus faltas, nacidas de un mal pasajero, no sean sino transitorias. Ya se lo dije a usted: se trata de sustraerse al juicio. Como es difícil sustraerse a él, y como es cosa delicada hacer admirar y al mismo tiempo excusar su propia naturaleza, todos procuran ser ricos. ¿Por qué? ¿Se lo preguntó usted? Por el poder que la riqueza tiene, desde luego. Pero, sobre todo, porque la riqueza nos sustrae al juicio inmediato, nos separa de las multitudes del subterráneo para meternos en una carrocería niquelada. Nos aísla en vastos parques bien cuidados, en coches dormitorios, en cabinas de lujo. La riqueza, querido amigo, no es todavía el sobreseimiento definitivo, pero sí la concesión de la libertad provisional, que nunca viene mal…

Sobre todo, no crea en sus amigos cuando le pidan que sea sincero con ellos. Únicamente esperan que usted les confirme la buena idea que de sí mismo tienen, al suministrarles usted una certeza suplementaria, que ellos obtienen de su promesa de sinceridad. Pero ¿cómo la sinceridad podría ser una condición de la amistad? El gusto de la verdad a toda costa es una pasión que no respeta nada y a la que nada puede resistir. Es un vicio, a veces una comodidad, o bien una manifestación de egoísmo. De manera que si se encuentra usted en ese caso, no vacile: prometa ser sincero y mienta lo mejor que sepa. Así responderá usted a los deseos profundos de sus amigos y les probará doblemente su afecto.

Es muy cierto aquello de que nos confiamos muy raramente a quienes

son mejores que nosotros. Más bien huimos de su sociedad. Lo más frecuente, en cambio, es que nos confesemos a quienes se nos parecen y comparten nuestras debilidades. No deseamos, pues, corregirnos ni mejorarnos: primero tendría que juzgársenos como que estamos en falta. Y lo que deseamos únicamente es que nos compadezcan y que nos animen a seguir nuestro camino. En suma, que al propio tiempo querríamos no ser culpables y no hacer el menor esfuerzo por purificarnos. No tenemos ni suficiente cinismo ni suficiente virtud; no poseemos ni la energía del mal ni la del bien. ¿Conoce usted a Dante? ¿Realmente? ¡Diablos! Entonces sabrá que Dante admite ángeles neutros en la querella entre Dios y Satanás; ángeles que él coloca en el limbo, una especie de vestíbulo de su infierno. Nosotros estamos en el vestíbulo, querido amigo.

¿Dice usted paciencia? Probablemente tenga razón. Deberíamos tener la paciencia de esperar al Juicio Final. Pero el caso es que tenemos prisa. Tanta prisa que me vi obligado a hacerme juez penitente. Sin embargo, primero tuve que asimilar mis descubrimientos y ponerme en regla con la risa de mis contemporáneos. A partir de la noche en que se me llamó, porque en verdad fui llamado, debí responder o, por lo menos, buscar la respuesta. Y no era cosa fácil.

Vagué durante largo tiempo. Primero fue menester que esa risa perpetua y los que se reían me enseñaran a ver con mayor claridad en mí, a descubrir, en fin, que yo no era un ser sencillo. No se sonría. Esta verdad no es tan verdad primera como parece. La gente llama verdades primeras a aquellas que se descubren después de todas las otras; eso es todo.

Lo cierto es que, después de largos estudios hechos sobre mí mismo, vine a descubrir la duplicidad profunda de la criatura humana. Comprendí entonces, a fuerza de hurgar en mi memoria, que la modestia me ayudaba a brillar; la humanidad, a vencer, y la virtud, a oprimir.

Hacía la guerra por medios pacíficos y obtenía, por fin, gracias al desinterés, todo lo que deseaba.

Por ejemplo, nunca me quejaba de que se olvidaran de la fecha de mi cumpleaños: la gente hasta se sorprendía, con un poquillo de admiración, por lo discreto que me mostraba en ese punto.

Pero la razón de mi desinterés era aún más discreta: deseaba que se olvidaran de mí con el objeto de poder lamentarme ante mí mismo. Muchos días antes de la fecha, gloriosa entre todas y que yo conocía muy bien, me mantenía al acecho, prestando atención para que no se me escapara nada

que pudiera despertar el recuerdo de aquellos con cuyo olvido contaba yo. (¿Acaso no tuve un día hasta la intención de alterar un almanaque?)

Cuando mi soledad quedaba bien demostrada, podía entonces abandonarme a los encantos de una viril tristeza.

De manera que la cara de todas mis virtudes tenía un reverso menos imponente. Verdad es que, en otro sentido, mis defectos se me volvían ventajas. Por ejemplo, la obligación en que me hallaba de ocultar la parte viciosa de mi vida me daba, por ejemplo, un aspecto frío que la gente confundía con el de la virtud. Mi indiferencia hacía que se me amara: mi egoísmo culminaba en mis generosidades. Y aquí me detengo; demasiada simetría dañaría mi demostración. Pero vaya, me mostraba firme y nunca pude resistir el ofrecimiento de una copa ni de una mujer. Se me tenía por activo, por enérgico, y mi reino era la cama. Gritaba a voz en cuello mi lealtad y no creo que haya dejado de traicionar a uno solo de los seres a quienes amé. Claro está que mis traiciones no excluían mi fidelidad. A fuerza de indolencia, tenía un trabajo considerable; nunca dejé de ayudar a mi prójimo, en virtud del placer que el hacerlo me procuraba. Pero, por más que me repitiera estas evidencias, lo único que obtenía eran consuelos superficiales. Ciertas mañanas, mientras estudiaba mi proceso a fondo, llegaba a la conclusión de que yo sobresalía, ante todo, en el desprecio. Aquellos a quienes más frecuentemente ayudaba eran aquellos a quienes más despreciaba. Cortésmente, con una solidaridad llena de emoción, escupía todos los días a la cara de todos los ciegos.

Francamente, ¿hay una excusa para ello? Hay una, pero tan miserable que ni siquiera pienso en hacerla valer. En todo caso, aquí está: nunca pude creer profundamente que los asuntos humanos fueran cosas serias. ¿Dónde estaba lo serio? No lo sabía. Sabía sólo que no estaba en todo lo que veía y que se me manifestaba únicamente como un juego divertido e importuno.

Hay realmente esfuerzos y convicciones que nunca llegué a comprender. Siempre miré con aire admirado y con ciertas sospechas a esas extrañas criaturas que morían por dinero, se desesperaban por la pérdida de una "posición" o se sacrificaban, con grandes ademanes, por la prosperidad de su familia. Yo comprendía mejor a aquel amigo a quien, habiéndosele metido en la cabeza dejar de fumar, consiguió efectivamente lo que se había propuesto, a fuerza de voluntad. Una mañana abrió el diario, leyó que había estallado la primera bomba H, se enteró de sus admirables efectos y, sin dilación alguna, se fue a la cigarrería.

Por cierto que a veces yo simulaba tomar la vida en serio. Pero bien pronto se me manifestaba la frivolidad de la seriedad misma, y entonces continuaba solamente desempeñando mi papel lo mejor que podía. Representaba el papel de ser eficaz, inteligente, virtuoso, cívico, el papel de estar indignado, de ser indulgente, solidario, edificante. Basta, aquí me quedo. Ya habrá usted comprendido que yo era como mis holandeses, quienes están presentes sin estarlo: yo estaba ausente el momento en que estaba más presente. Sólo fui verdaderamente sincero y entusiasta en la época en que practicaba deportes y también en el regimiento, cuando intervenía en las representaciones que nos dábamos para nuestro entretenimiento. En los dos casos había una regla del juego, regla que no era seria, y que uno se divertía en tomar por tal. Aún ahora, el estadio lleno de gente hasta reventar de los partidos de los domingos, y el teatro, que siempre amé con una pasión sin igual, son los únicos lugares en que me siento inocente.

Pero ¿quién admitiría que semejante actitud sea legítima cuando se trata del amor, de la muerte y del salario de los miserables? ¿Qué hacer, sin embargo? No podía imaginarme el amor de Isolda sino en las novelas, o en una escena. A veces los agonizantes que parecían compenetrados con sus papeles. Las réplicas de mis clientes pobres me parecían siempre de la misma urdimbre. De manera que, viviendo entre los hombres sin compartir sus intereses, yo no llegaba a creer en los compromisos que asumía. Era bastante cortés y bastante indolente para responder a lo que ellos esperaban de mí en mi profesión, en mi familia o en mi vida de ciudadano, pero lo hacía cada vez con una especie de distracción 'que terminaba por echarlo todo a perder. Viví toda mi vida bajo un doble signo y mis acciones más serias fueron a menudo aquellas en que menos me había comprometido. ¿Y, después de todo, no era eso lo que (y ésta es una tontería más, que nunca pude perdonarme) me hizo rebelarme con la mayor violencia contra el juicio que yo sentía verificarse en mí y alrededor de mí y lo que me obligó a buscar una salida?

Durante algún tiempo y en apariencia mi vida continuó como si nada hubiera cambiado.

Yo marchaba como sobre rieles y rodaba. Como ex profeso, las alabanzas arreciaban sobre mí. Y justamente de allí vino el mal. Usted recuerda, ¿no? "¡Desdichados de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!" ¡Ah, aquél decía cosas de oro! ¡Desdichado de mí! La

máquina comenzó a tener caprichos, a detenerse inexplicablemente.

En ese momento el pensamiento de la muerte irrumpió en mi vida cotidiana. Comencé a calcular los años que me separaban de mi fin. Buscaba ejemplos de hombres de mi edad que ya estuvieran muertos. Y me atormentaba la idea de que no tendría tiempo para cumplir mi misión.

¿Qué misión? No lo sabía. Y pensándolo bien, ¿valía la pena que continuara haciendo lo que hasta entonces? Pero no era exactamente eso. En efecto, me perseguía un temor ridículo. Me parecía que no era posible morir sin haber confesado antes todas las mentiras; no a Dios ni a uno de sus representantes. Yo estaba por encima de todo eso, como usted puede figurárselo. No; se trataba de confesarlas a los hombres, a un amigo, o a una mujer amada, por ejemplo. Si no lo hacía así, una sola mentira que permaneciera oculta en mi vida sería definitiva por obra de la muerte. Nunca ya nadie conocería la verdad sobre ese punto, puesto que el único que la conocía era precisamente el muerto, dormido sobre su secreto. Este asesinato absoluto de una verdad me daba vértigos. Hoy, dicho sea entre paréntesis, me procuraría más bien delicados placeres. La idea, por ejemplo, de que soy el único que sabe dónde está lo que todo el mundo busca y de que en mi casa guardo un objeto que ha hecho correr de aquí para allá a tres agentes de policía, me resulta sencillamente deliciosa. Pero, dejemos esto. En aquella época, no había encontrado aún la fórmula y me atormentaba.

Claro está que me sacudía. ¡Qué importaba la mentira de un hombre en la historia de las generaciones, y qué pretensión era ésa de querer sacar a la luz de la verdad un engaño miserable, perdido en el océano de las edades como un grano de sal en el mar! Me decía también que la muerte del cuerpo, si había de juzgar por las muertes que había visto, era, por sí misma, un castigo suficiente, que lo absolvía todo. Con el sudor de la agonía se conquistaba uno la salvación (es decir, el derecho a desaparecer definitivamente). Pero todo esto no hacía al caso, el malestar aumentaba, la muerte era una compañera fiel en mi cabecera. Me levantaba con ella y las felicitaciones se me hacían cada vez más insoportables. Me parecía que la mentira aumentaba con ellas y que aumentaba tan desorbitadamente que ya nunca más podría ponerme en regla.

Llegó un día en que ya no pude resistir. Mi primera reacción fue desordenada. Puesto que era mentiroso, iba a manifestarlo y a lanzar mi duplicidad a la cara de todos aquellos imbéciles aun antes de que ellos la

descubrieran. Provocado a decir la verdad, respondería al desafío. Para evitar que se rieran, pensaba, pues, lanzarme a la irrisión general. En suma, que todavía se trataba de sustraerse al juicio. Quería que, los que se reían estuvieran de mi lado o, por lo menos, ponerme yo mismo del lado dé ellos. Pensaba, por ejemplo, en empujar a los ciegos en la calle y en la sorda e imprevista alegría que experimentaba ante tal pensamiento, descubría hasta qué punto una parte de mi alma los odiaba; se me ocurría pinchar los neumáticos de los cochecitos de los enfermos, ir a gritar bajo los andamios en que trabajaban obreros: "Sucios pobres", abofetear en el subterráneo a las criaturas. Soñaba con todo eso, y nada hice, o si hice algo aproximado lo olvidé. Lo cierto es que la palabra misma "justicia" me provocaba extraños furores. Por fuerza debía continuar utilizándola en mis defensas. Pero me vengaba de ello maldiciendo públicamente el espíritu de humanidad. Anunciaba la publicación de un manifiesto en el que denunciaría la opresión que los oprimidos hacían pesar sobre la gente honrada. Un día en que comía langosta en la terraza de un restaurante y en el que un mendigo me importunaba, llamé al dueño del lugar para que lo echara y aplaudí sonoramente el discurso de aquel hombre justiciero: "Vamos, usted molesta aquí", le decía. "Póngase en el lugar de estos caballeros y señoras." Por fin hacía saber a quien quisiera oírlo que lamentaba que ya no fuera posible obrar como un propietario ruso, cuyo carácter me parecía admirable: hacía fustigar al mismo tiempo a aquellos de sus campesinos que lo saludaban y a aquellos que no lo hacían, para castigar una audacia que el hombre juzgaba en los dos casos igualmente desvergonzada.

Recuerdo, sin embargo, expresiones más graves. Comencé a escribir una Oda a la policía y una Apoteosis del machete. Sobre todo, me obligaba a visitar regularmente cafés especializados en los cuales se reunían nuestros humanistas profesionales. Mis buenos antecedentes hacían, naturalmente, que allí se me acogiera bien. Y entonces, como al acaso, dejaba escapar yo una palabra fuerte; como, por ejemplo, "gracias a Dios", o más sencillamente: "Dios mío." Bien conoce usted hasta qué punto nuestros ateos de fonda son tímidos comulgantes. A la enunciación de esta, enormidad, seguía un momento de estupor; ellos se miraban desconcertados y luego estallaba el tumulto; unos se salían del café, otros se ponían a cacarear con indignación, sin prestar oídos a nada. Todos se retorcían en convulsiones, como el diablo bajo el agua bendita.

Esto le parecerá a usted pueril. Con todo, había tal vez una razón más seria que me llevaba a gastar semejantes bromas. Quería introducir el desorden en el juego y, sobre todo, sí, sobre todo, destruir esa halagadora reputación, cuyo solo recuerdo me ponía furioso. "Un hombre como usted… ", me decían con deferencia y yo palidecía. No quería la estimación de la gente, puesto que no era general y, ¿cómo podría haber sido general, puesto que yo no podía compartirla? Entonces era mejor cubrirlo todo, juicio y estimación, con un manto de ridículo. De cualquier manera, me era preciso dar rienda suelta al sentimiento que me ahogaba. Para exponer a las miradas de todo el mundo lo que había dentro del vientre, quería quebrar el hermoso maniquí que yo mostraba en todas partes. A este respecto recuerdo una charla que hube de dar a unos jóvenes abogados recién graduados. Picado por los increíbles elogios del presidente del colegio de abogados que me había presentado, no pude refrenarme por mucho tiempo. Había comenzado con el brío y la emoción que se esperaban de mí y que yo podía exhibir sin esfuerzo a voluntad. Pero de pronto me puse a aconsejar la interrelación como método de defensa. No me refiero, decía yo, a ese sistema perfeccionado por las inquisiciones modernas, que juzgan al mismo tiempo a un ladrón y a un hombre honrado para abrumar al segundo con los crímenes del primero. Se trataba, por el contrario, de defender al ladrón haciendo valer los crímenes del hombre honrado, en este caso el abogado. Me expliqué muy claramente sobre este punto "Supongamos que yo haya aceptado defender a algún ciudadano conmovedor, que mató por celos. Considerad, diría yo, señores del jurado, cuán fuera de lugar está enojarse cuando contemplamos la bondad natural de este hombre, puesta a prueba por la malignidad del sexo.

¿No es acaso más grave, en cambio, hallarse de este lado de la barra, en mi propio banco de abogado, sin haber sido nunca bueno, sin que nunca lo hayan engañado? Yo estoy en libertad, sustraído a vuestros rigores. ¿Y qué soy yo, después de todo? Un ciudadano viril en cuanto al orgullo, un macho cabrío de lujuria, un faraón lleno de cólera, un rey de pereza. ¿Que yo no maté a nadie? Todavía no, sin duda alguna; pero ¿no dejé acaso morir a meritorias criaturas? Tal vez.

Y tal vez esté a punto de hacerlo de nuevo, en tanto que este hombre, miradlo bien, no volverá a hacerlo. Todavía está lleno de asombro por haber trabajado tan bien."

Este discurso turbó un poco a mis jóvenes colegas. Al cabo de un rato,

decidieron reírse. Y quedaron del todo tranquilizados cuando llegué a mi conclusión, en la que invocaba con elocuencia a la persona humana y sus supuestos derechos. Aquel día la costumbre fue la más fuerte.

Al renovar estas amables extravagancias, lo único que conseguí fue desorientar un poco a la gente; pero no logré desarmarla ni tampoco, y sobre todo, desarmarme yo mismo. El asombro que generalmente manifestaban mis oyentes, su incomodidad un tanto reticente, bastante parecida, por lo demás, a la que usted está mostrando —no, no me asegure nada—, no llegaron a apaciguarme. Ya ve usted, no basta acusarse para quedar inocente; porque, si fuera así, yo sería ahora un cordero puro. Hay que acusarse de cierta manera, manera que me llevó bastante tiempo poner en su punto y que no descubrí antes de encontrarme en el abandono más completo. Hasta ese instante las risas continuaron flotando alrededor de mí, sin que mis esfuerzos desordenados lograran quitar les lo que ellas tenían de benévolo, de casi tierno, algo que me hacía daño.

Pero me parece que las aguas del mar suben. No tardará en salir nuestro barco. Ya termina el día. Mire, las palomas se reúnen allá arriba, se lanzan unas contra otras; apenas se mueven y la luz baja. ¿Quiere usted que guardemos silencio, para saborear esta hora asaz siniestra? ¿No? ¿Le intereso yo? Es usted muy amable. Por lo demás, ahora corro el riesgo de interesarlo realmente.

Antes de explicarme sobre los jueces penitentes, tengo que hablarle del libertinaje y de la mazmorra estrecha.

Usted se engaña, querido amigo. El barco anda a buena marcha. Lo que ocurre es que el Zuyderzee es un mar muerto o casi muerto. Con sus orillas chatas, perdidas en la bruma, no sabe uno dónde comienza y dónde termina. De manera que nos movemos sin tener ningún punto de referencia y no podemos apreciar nuestra velocidad. Avanzamos y nada cambia. Esto no es una navegación, sino un sueño.

En el archipiélago griego tenía yo la impresión contraria. Nuevas islas aparecían sin cesar en el círculo del horizonte. Sus lomos sin árboles marcaban el límite del cielo, sus costas rocosas se recortaban nítidamente en el mar. Allí no había ninguna confusión. En medio de la luz precisa, todo era punto de referencia. Y de una isla a la otra, continuadamente en nuestro barquito que se deslizaba, tenía yo empero la impresión de saltar, noche y día, sobre la cresta de breves olas frescas, en una travesía colmada de espuma y de risas. Desde aquella época, la propia Grecia deriva en

alguna parte de mi interior, incansablemente, a bordo de mi memoria… ¡Eh!, y yo también voy á la deriva, me estoy poniendo lírico. Deténgame usted, querido amigo, se lo ruego.

Y ya que hablamos de Grecia, ¿la conoce usted?

¿No? Tanto mejor. ¿Qué haríamos allí nosotros?, me pregunto yo. Para vivir en Grecia hay que tener el corazón puro. Ha de saber usted que allá los griegos se pasean por las calles de a dos, cogidos de la mano. Sí, las mujeres se quedan en la casa y uno puede ver a hombres maduros, respetables, de bigotes, que se pasean gravemente por las aceras con los dedos entrelazados con los de su amigo. ¿En Oriente también alguna vez? Bueno. Pero, dígame, ¿iría usted tomado de la mano por las calles de París? ¡Ah, estoy bromeando! Nosotros tenemos buena apariencia y la mugre nos envanece. Antes de presentarnos en las islas griegas tendríamos que lavarnos largamente. El aire es allí casto, el mar y el goce, claros. En cambio, nosotros…

Sentémonos allí. ¡Qué bruma! Creo que iba a hablarle de la mazmorra estrecha, cuando me distraje con otras cosas. Sí, le diré de qué se trata. Después de haberme debatido, después de haber agotado mis grandes ademanes insolentes, desanimado por la inutilidad de mis esfuerzos, me decidí a apartarme de la sociedad de los hombres. No, no, no fui a buscar una isla desierta; ya no hay más. Lo que hice fue refugiarme en las mujeres. Como usted sabe, ellas no condenan realmente ninguna debilidad, sino que más bien procuran humillar o desarmar nuestras fuerzas.

Por eso, la mujer es la recompensa, no del guerrero, sino del criminal. La mujer es su puerto, su obra; generalmente se detiene a los criminales en el lecho de alguna mujer. ¿Acaso no es ella todo lo que nos queda del paraíso terrenal? Encontrándome desamparado, corrí a mi puerto natural.

Pero ya no pronunciaba discursos. Todavía representaba un poco, por costumbre; sin embargo, me faltaba la inventiva. Vacílo en confesarlo, por miedo de pronunciar todavía alguna palabrota: me parece que en aquella época sentía la necesidad de un amor. Obsceno, ¿no cree? En todo caso, experimentaba un sordo sufrimiento, una especie de privación que me volvió más vacante y me permitió, a medias forzado, a medias curioso, entablar algunas relaciones amorosas. Puesto que tenía necesidad de amar y de que me amaran, creí estar enamorado. Dicho de otra manera, que representé el papel de tonto.

A menudo me sorprendía haciendo una pregunta que, en mi condición

de hombre de experiencia, siempre había evitado hasta entonces. Me oía preguntar: "¿Me amas?" Bien sabe usted que en tales casos es usual responder: "¿Y tú?" Si yo respondía "sí", me encontraba comprometido más allá de mis verdaderos sentimientos. Si me atrevía a decir "no", corría el riesgo de que dejaran de amarme y entonces me hicieran sufrir. Cuanto más amenazado se encontraba el sentimiento en el cual yo había esperado encontrar el reposo, tanto más lo reclamaba de mi compañera. Me veía entonces llevado a hacer promesas cada vez más explícitas, a exigir de mi corazón un sentimiento cada vez más vasto. Así vine a prendarme, con una falsa pasión, de una encantadora aturdida, que había leído tanto sobre cuestiones del corazón, que hablaba del amor con la seguridad y la convicción de un intelectual que anuncia la sociedad sin clases. Una convicción semejante, y usted no lo ignora, es irresistiblemente contagiosa. Yo también me puse a hablar del amor y terminé por persuadirme a mí mismo. Por lo menos, hasta el momento en que ella se convirtió en mi amante y en que comprendí que la literatura del corazón, que enseñaba tan bien a hablar de amor, no enseñaba, empero, a practicarlo. Después de haber amado a un papagayo, tuve que acostarme con una serpiente. Busqué, pues, en otra parte el amor prometido por los libros, amor que en la vida yo nunca había encontrado.

Pero me faltaba entrenamiento. Hacía más de treinta años que me amaba exclusivamente a mí mismo. ¿Cómo esperar que pudiera perder semejante costumbre? Y en efecto, en modo alguno la perdí. De manera que permanecí siendo un veleidoso de la pasión. Multipliqué las promesas, mantuve amores simultáneos como los que había tenido ya en otra época, relaciones múltiples. Y que había provocado en la época de mi feliz indiferencia. ¿Le dije a usted que mi papagayo, desesperado, quiso dejarse morir de hambre? Felizmente llegué a tiempo y me resigné a sostenerla, hasta que encontró, vuelto de un viaje de Bali, al ingeniero de sienes grises, cuya descripción ella ya había leído en su revista favorita. En todo caso, lejos de encontrarme transportado y absuelto en la eternidad, como suele decirse, de la pasión, todo aquello vino a sumarse al paso de mis faltas y a mi extravío. Concebí un horror tal por el amor que, durante años, no pude escuchar sin rechinar los dientes, La vida color de rosa, ni la Muerte de amor de Isolda.

Procuré entonces renunciar en cierta manera a las mujeres y vivir en estado de castidad. Después de todo, la amistad de las mujeres debía

bastarme. Pero eso equivalía a renunciar al juego.

Descartado el deseo, las mujeres me aburrieron más allá de todo cuanto podía esperar y era visible que yo también las aburría. Eliminado el juego, eliminado el teatro yo estaba sin duda en la verdad. Pero, la verdad, querido amigo, es abrumadora.

Habiendo renunciado al amor y a la castidad, me di cuenta, por fin, que todavía me quedaba el libertinaje, que reemplaza muy bien al amor, que acalla las risas, restablece el silencio y, sobre todo, confiere la inmortalidad. En cierto grado de embriaguez lúcida, acostado, tarde en la noche, entre dos muchachas y vaciado de todo deseo, la esperanza ya no es una tortura; vea usted, el espíritu reina sobre el tiempo y el dolor de vivir termina definitivamente. En cierto sentido, yo había vivido siempre en el libertinaje y nunca había dejado de querer ser inmortal.

¿No era ése el fondo de mi naturaleza, y no era también un efecto del gran amor que me tenía a mí mismo? Sí, sentía unas ganas locas de ser inmortal. Me amaba demasiado para desear que el precioso objeto de mi amor desapareciera alguna vez. Como en el estado de vigilia y por poco que nos conozcamos, no vemos razón valedera alguna para que se confiara la inmortalidad a un mono lascivo, tenemos que procurarnos sucedáneos de esa inmortalidad. Porque yo deseaba la vida eterna, me acostaba, pues, con prostitutas y bebía noches enteras. Claro está que por las mañanas sentía en la boca el gusto amargo de la condición, mortal, pero durante largas horas había volado alto, dichoso. ¿Me atreveré a confesárselo? Aún ahora recuerdo con ternura ciertas noches en que me llegaba hasta un sórdido cafetín para buscar a una bailarina que me honraba con sus favores y por cuya gloria hasta hube de batirme una noche con un jactancioso animal.

Todas las noches me exhibía junto al mostrador, en medio de la luz roja y el polvo de aquel lugar de delicias, mientras mentía como un sacamuelas y bebía copiosamente. Me quedaba allí hasta el amanecer. Por fin iba a parar a la cama, siempre deshecha, de mi princesa, que se entregaba mecánicamente al placer. Luego me dormía, sin transición alguna. El día llegaba suavemente para iluminar aquel desastre, y yo me elevaba, inmóvil, en una mañana de gloria.

El alcohol y las mujeres me procuraron, fuerza es confesarlo, el único consuelo de que yo era digno. Le confío este secreto, querido amigo, no tema hacer uso de él. Verá entonces cómo el verdadero libertinaje es liberador, porque no crea ninguna obligación. En el libertinaje uno no

posee sino su propia persona. Es, pues, la ocupación preferida de los grandes enamorados de sí mismos. El libertinaje es una selva virgen, sin futuro ni pasado y, sobre todo, sin promesas ni sanciones inmediatas. Los lugares en que se lo practica están separados del mundo; al entrar en ellos uno deja fuera el temor y la esperanza. La conversación no es allí obligatoria. Lo que uno va a buscar puede obtenerse sin palabras y hasta a menudo, sí, sin dinero. ¡Ah!, déjeme usted, se lo ruego, rendir un homenaje particular a aquellas mujeres desconocidas y olvidadas, que me ayudaron entonces. Aún hoy, con el recuerdo que guardo de ellas se mezcla algo que se parece al respeto.

En todo caso, hice uso sin medida de esta liberación. Hasta llegaron a verme en un hotel consagrado a lo que la gente llama pecado, viviendo simultáneamente con una prostituta madura y una joven de la mejor sociedad. Con la primera representaba el papel del caballero andante, y a la segunda la puse en condiciones de conocer algunas realidades. Desgraciadamente, la prostituta tenía un temperamento muy burgués; consintió por fin en escribir sus recuerdos para un periódico confesional, muy abierto a las ideas modernas. Por su parte, la muchacha se casó para satisfacer sus instintos desatados y dar un empleo a sus mejores dotes. No estoy menos orgulloso de que en aquella época, una corporación masculina, con demasiada frecuencia calumniada, me haya acogido como a un igual. Se lo diré al pasar: bien sabe usted que aun hombres muy inteligentes cifran su gloria en poder vaciar una botella más que su vecino. Por fin yo había podido encontrar la paz y la libertad en esa dichosa disipación. Pero así y todo hube de encontrar un obstáculo en mí mismo. Fue mi hígado y luego una fatiga tan terrible que todavía hoy no me ha abandonado. Uno juega a ser inmortal y, al cabo de algunas semanas, no sabe siquiera si podrá arrastrarse hasta el día siguiente.

El único beneficio de esta experiencia, cuando hube renunciado a mis andanzas nocturnas, consistió en que la vida se me hizo menos dolorosa. La fatiga que roía mi cuerpo había corroído simultáneamente muchos puntos vivos de mí mismo. Cada exceso disminuye la vitalidad y, por lo tanto, el sufrimiento. El libertinaje, contrariamente a lo que se cree, nada tiene de frenético.

No es más que un largo sueño. Usted debe de haberlo observado. Los hombres que sienten realmente celos no tienen otro deseo más apremiante que el de acostarse con aquella que, sin embargo, según ellos creen, los ha

traicionado. Desde luego que quieren asegurarse una vez más de que siempre les pertenece su querido tesoro. Quieren poseerlo, como suele decirse. Pero ocurre también que inmediatamente después de poseerlo, están menos celosos. Los celos físicos son un producto de la imaginación y al propio tiempo constituyen un juicio que uno hace de sí mismo. Atribuimos al rival los sucios pensamientos que tuvimos en las mismas circunstancias.

Felizmente, el exceso de goce debilita la imaginación, así como el juicio. Entonces el sufrimiento se adormece con la virilidad y durante tanto tiempo como ésta esté adormecida. Por esta misma razón, los adolescentes con su primera amante pierden la inquietud metafísica, y ciertos matrimonios, que son libertinajes burocráticos, se convierten al mismo tiempo en los monótonos coches fúnebres de la audacia y de la inventiva. Sí, querido amigo, el matrimonio burgués puso a nuestro país en batas y chinelas, y bien pronto lo pondrá a las puertas de la muerte.

¿Exagero? No, pero me extravío. Única mente quería hablarle de la ventaja que obtuve con aquellos meses de orgía. Vivía en una especie de niebla en que las risas se amortiguaban hasta el punto de que yo terminaba por no oírlas. La indiferencia, que ocupaba ya tanto lugar en mi, no encontraba más resistencia y extendía su esclerosis. ¡Ya no sentía emociones! Mi estado de ánimo era regular, parejo; o, mejor dicho, no tenía ningún estado de ánimo. Los pulmones tuberculosos se curan secándose y asfixian poco a poco a sus felices dueños. Así me ocurría a mí, que moría apaciblemente por mi curación. Vivía aún de mi oficio, aunque mi reputación estuviera bastante empañada a causa de mis desvíos en el lenguaje, y el ejercicio regular de mi profesión estuviera comprometido por el desorden de mi vida. Aquí resulta interesante hacerle notar que mis excesos nocturnos me perjudicaron menos que mis provocaciones verbales. La referencia, puramente verbal, que a veces hacía a Dios en mis discursos de defensa, provocaba la desconfianza de mis clientes. Sin duda temían que el cielo no pudiera hacerse cargo de sus intereses tan bien como un abogado imbatible en lo tocante al código. De allí a concluir que yo invocaba a la divinidad en la medida de mis ignorancias, no había más que un paso. Mis clientes dieron ese paso y fueron haciéndose cada vez más raros. Todavía de cuando en cuando me hacía cargo de alguna defensa. Y a veces, olvidando que ya no creía en lo que decía, hasta abogaba bien. Mi propia voz me guiaba; yo la seguía. Sin volar alto realmente, como antes,

me elevaba un poco por encima del suelo. Fuera del ejercicio de mi profesión, veía a poca gente y mantenía la supervivencia penosa de una o dos cansadas relaciones galantes. Hasta ocurría que pasara noches enteras de pura amistad, sin que interviniera el deseo, con la diferencia de que, resignado a aburrirme, escuchaba apenas lo que se me decía. Engordé un poco y por fin pude creer que la crisis había terminado. Ahora se trataba sólo de envejecer.

Sin embargo, un día, en el curso de un viaje que ofrecí a una amiga, sin decirle que lo hacía para celebrar mi curación, encontrándome a bordo de un transatlántico y, naturalmente, en el puente superior, de pronto divisé a lo lejos un punto negro en el océano color de hierro. Aparté inmediatamente los ojos y mi corazón se puso a latir precipitado. Cuando me obligué a mirar otra vez, el punto negro había desaparecido. Iba a gritar, a pedir estúpidamente ayuda, cuando volví a verlo. Se trataba de uno de esos restos que los barcos dejan detrás de sí. Con todo, no había podido resistir mirarlo. En seguida había pensado en un ahogado. Comprendí entonces, sin rebelión alguna, que uno se resigna a una idea cuya verdad conoce desde hace mucho tiempo, comprendí que aquel grito que años atrás había resonado en el Sena a mis espaldas, no había cesado de andar por el mundo (llevado por el río hacia las aguas de la Mancha), de vagar por el mundo a través de la extensión ilimitada del océano, y que me había esperado hasta aquel día, en que volvía a encontrarlo.

Comprendí también que continuaría esperándome en los mares y en los ríos, en todas las partes en que se hallara, en fin, el agua amarga de mi bautismo. Y dígame, ¿aun aquí no estamos en el agua? ¿No estamos en el agua clara, monótona, interminable, que confunde sus límites con los de la tierra? ¿Cómo creer que vamos a llegar a Ámsterdam? Nunca saldremos de esta inmensa pila de agua. Escuche. ¿No oye usted los gritos de invisibles goélands? Lanzan sus gritos hacia nosotros. ¿Para qué nos llaman?

Pero son los mismos que gritaban, que me llamaban ya en el Atlántico, aquel día en que comprendí definitivamente que no estaba curado, que continuaba oprimido y que tenía que arreglármelas como pudiera. Había terminado mi vida gloriosa, pero habían terminado también la rabia y los sobresaltos. Debía someterme y reconocer mi culpabilidad, debía vivir en la mazmorra estrecha. ¡Ah, es verdad, usted no sabe lo que es esa celda que en la Edad Media llamaban la mazmorra estrecha! En general, se olvidaba en ella a un prisionero para toda la vida.

Esa celda se distinguía de las otras a causa de sus ingeniosas dimensiones. No era suficientemente alta para que uno pudiera permanecer de pie; pero tampoco lo bastante amplia para que pudiera uno acostarse en ella. Había que mantenerse en una posición incómoda, vivir en diagonal. El sueño era una caída. La vigilia, un estarse agachado. Querido amigo, había genio, y peso bien mis palabras, en este hallazgo tan sencillo. Cada día, en virtud de la inmutable coacción que anquilosaba su cuerpo, el condenado se daba cuenta de que era culpable y de que la inocencia consiste en extenderse alegremente. ¿Puede usted imaginar en semejante celda a un aficionado a las cimas y a los puentes superiores de los barcos?

¿Cómo dice usted? ¿Que uno podía vivir en esas celdas y ser inocente? ¡Improbable! ¡Muy improbable! Si fuera de otra manera, mi razonamiento se quebraría. ¿Que la inocencia se vea reducida a vivir encogida…? Me niego a considerar esta hipótesis un solo segundo. Por lo demás, no podemos afirmar la inocencia de nadie, en tanto que sí podemos afirmar con seguridad la culpabilidad de todos. Cada hombre da testimonio del crimen de todos los otros; ésa es mi fe y mi esperanza.

Créame, las religiones se engañan desde el momento en que comienzan a hacer moral y a fulminar mandamientos. Dios no es necesario para crear la culpabilidad ni para castigar.

Nuestros semejantes, ayudados por nosotros mismos, bastan para ello. El otro día hablaba usted del Juicio Final. Permítame que me ría respetuosamente de él. Lo espero a pie firme. Conocí algo peor: el juicio de los hombres. Para ellos no existen circunstancias atenuantes y hasta la buena intención la imputan al crimen. ¿Ha oído usted hablar, por lo menos, de la celda de los gargajos, que un pueblo imaginó recientemente para probar que era el más grande de la tierra? Se trata de una caja hecha de mampostería, en la que el prisionero se mantiene de pie; pero allí no puede moverse. La sola puerta que lo encierra en la concha de cemento se abre a la altura del mentón.

De fuera, pues, sólo se le ve el rostro en el que cada guardián que pasa escupe abundantemente.

El prisionero, apretado en la celda, no puede limpiarse la cara, aunque le esté permitido, eso es cierto, cerrar los ojos. Pues bien, querido amigo, ésta es una invención de hombres. Aquí no tuvieron necesidad de Dios para realizar esa pequeña obra maestra.

¿Entonces? Entonces, la única utilidad de Dios consistiría en garantizar

la inocencia. Y yo concebiría la religión más bien como una gran empresa de limpieza; lo que, por lo demás fue, aunque brevemente, durante tres años, para ser exactos, y no se llamaba religión. Desde entonces falta el jabón. Tenemos la nariz sucia y nos quitamos los mocos mutuamente. Todos roñosos, todos castigados, escupámonos unos a otros y, ¡hup, a la mazmorra estrecha! La cuestión está en saber quién será el primero en escupir. Eso es todo. Le diré un gran secreto, querido amigo. No espere usted el Juicio Final, se verifica todos los días.

No, no es nada, tirito un poco a causa de esta bendita humedad. Por lo demás, ya llegamos, ya está. No, usted primero. Pero le ruego que se quede un momento todavía conmigo, y que me acompañe. Aún no terminé. Tengo que continuar. Continuar, eso es lo difícil. Mire usted, ¿sabe por qué lo crucificaron a aquel otro, a aquel en quien tal vez usted piensa en este momento?

Bueno, había muchas razones para hacerlo. Siempre hay razones para asesinar a un hombre. En cambio, resulta imposible justificar que viva. Por eso, el crimen encuentra siempre abogados, en tanto que la inocencia, sólo a veces. Pero, junto a las razones que nos explicaron muy bien durante dos mil años, había una muy importante de aquella espantosa agonía. Y no sé por qué la ocultan tan cuidadosamente. La verdadera razón está en que él sabía, sí, él mismo sabía que no era del todo inocente. Si no pesaba en él la falta de que se lo acusaba, había cometido otras, aunque él mismo ignorara cuáles. ¿Las ignoraba realmente, por lo demás? Después de todo él estuvo en la escena; él debía haber oído hablar de cierta matanza de los inocentes. Si los niños de Judea fueron exterminados, mientras los padres de él lo llevaban a lugar seguro, ¿por qué habían muerto, sino a causa de él? Desde luego que él no lo había querido. Le horrorizaban aquellos soldados sanguinarios, aquellos niños cortados en dos. Pero estoy seguro de que, tal como él era, no podía olvidarlos. Y esa tristeza que adivinamos en todos sus actos, ¿no era la melancolía incurable de quien escuchaba por las noches la voz de Raquel, que gemía por sus hijos y rechazaba todo consuelo? Laqueja se elevaba en la noche. Raquel llamaba a sus hijos muertos por causa de él, ¡y él estaba vivo!

Sabiendo lo que sabía, conociendo profundamente al hombre —¡ah, quién hubiera creído que el crimen no consiste tanto en hacer morir como en no morir uno mismo!—, puesto día y noche frente a su crimen inocente, se le hacía demasiado difícil sostenerse y continuar. Era mejor terminar, no

defenderse, morir, para no ser el único en vivir y para ir a otra parte, a otra parte en que tal vez lo sostendrían. Y no lo sostuvieron. Él se quejó por eso, y por añadidura lo censuraron. Sí, fue el tercer evangelista, según creo, el que comenzó a suprimir su queja. "¿Por qué me has abandonado?" Era un grito sedicioso, ¿no es cierto? Entonces acudieron a las tijeras.

Observe usted, por lo demás, que si Lucas no hubiera suprimido nada, apenas se habría echado de ver la cosa. En todo caso, no habría ocupado un lugar tan importante. De esta suerte, el censor proclamaba lo que proscribe. El orden del mundo también es ambiguo.

El orden del mundo no impide que él, el censurado, no haya podido continuar. Y, querido amigo, sé bien de lo que hablo. Hubo un tiempo en que a cada minuto yo no sabía cómo podría llegar al siguiente. Sí, en este mundo podemos hacer la guerra, simular el amor, torturar a nuestros semejantes, aparecer en los periódicos, o sencillamente, hablar mal del vecino, mientras tejemos. Pero en ciertos casos continuar, tan sólo continuar, es algo sobrehumano. Y él no era sobrehumano, puede usted creerlo. Él gritó su agonía, y por eso lo amo, amigo mío. Murió sin saber.

Lo malo es que nos dejó solos, para continuar, pasare lo que pasare, aun cuando estemos metidos en la mazmorra estrecha, sabiendo a nuestra vez lo que él sabía, pero incapaces de hacer lo que él hizo e incapaces de morir como él. Claro está que la gente procuró ayudarse un poco con su muerte. Después de todo, fue un rasgo genial aquello de decirnos: "Vosotros no sois resplandecientes; eso es un hecho. Y bien, no vamos a contar cada detalle. Lo liquidaremos todo de un golpe, en la cruz". Pero mucha gente sube ahora a la cruz únicamente para que se la vea desde más lejos, aun cuando sea necesario patear al que se encuentra en ella desde hace tanto tiempo. Demasiada gente decidió prescindir de la generosidad para practicar la caridad. "¡Oh, qué injusticia, qué injusticia se hizo con él y cómo siento oprimido el corazón!

Vamos, ya empiezo otra vez, me pongo a abogar. Perdóneme usted, comprenda que tengo mis razones. Mire, unas calles más allá hay un museo que se llama Nuestro Señor del Desván. En su época, los hombres situaron sus catacumbas bajo los tejados. Qué quiere usted, aquí los sótanos se inundan. Pero hoy, tenga usted la seguridad de que su Señor, el de ellos, no está ya ni en el granero ni en el sótano. En lo más secreto de su corazón lo pusieron presidiendo un tribunal, y entonces ellos pegan y pegan: y sobre todo, juzgan, juzgan en su nombre. Sin embargo, él hablaba tiernamente a

la pecadora: "Yo tampoco te condeno"; pues bien, eso no tiene importancia alguna. Ellos condenan, no absuelven a nadie. En nombre del Señor, éstas son tus cuentas. ¿Del Señor? Él no pedía tanto, amigo mío. El quería que lo amaran, nada más. Claro está que hay gentes que lo aman, aun entre los cristianos, pero puede contárselas con los dedos de la mano. Por lo demás, él lo había previsto. Tenía cierto sentido del humor. Pedro, usted sabe, aquel miedoso, Pedro, pues, renegó de él: "No conozco a ese hombre… No sé lo que quieres decir, etc." Verdaderamente exageraba. Y entonces él hizo un juego de palabras: "Sobre esta piedra[2] edificaré mi iglesia." No se podía llevar más lejos la ironía, ¿no le parece? Pero no, ellos aún triunfan. "Vosotros veis, él lo dijo." En efecto, él lo dijo y conocía muy bien la cuestión. Y luego partió para siempre, dejándolos juzgar y condenar, con el perdón en la boca y la sentencia en el corazón.

Porque no puede decirse que ya no haya más piedad. ¡No, diablos! No dejamos de hablar de ella. Lo que ocurre es que sencillamente, no se absuelve ya a nadie. Sobre la inocencia muerta pululan los jueces, los jueces de todas las razas, los de Cristo y los del Anticristo que, por lo demás, son los mismos, reconciliados en la mazmorra estrecha. Porque no hay que caer únicamente sobre los cristianos; los otros también están en la cuestión. ¿Sabe usted en qué se convirtió, en esta ciudad, una casa que cobijó a Descartes? En un asilo de locos. Sí, es el delirio general y la persecución. Nosotros también, por supuesto, nos vemos obligados a incluirnos.

Habrá podido darse cuenta de que no perdono nada y sé que por su parte usted piensa más o menos lo mismo. De manera que, puesto que todos somos jueces, somos todos culpables los unos frente a los otros, somos todos Cristos a nuestra mezquina manera: crucificados uno a uno y siempre sin saber. O, por lo menos, lo seríamos si yo, Clamence, no hubiera encontrado la salida, la única solución, la verdad, en fin…

No, me detengo, querido amigo, no tema. Por otra parte, voy a dejarlo aquí. Estamos frente a mi puerta. En la soledad y con ayuda de la fatiga, ¿qué quiere usted?, uno se toma de buena gana por un profeta. Después de todo, es eso lo que soy; refugiado en un desierto de piedras, de brumas y de aguas podridas. Un profeta vacío, para épocas mediocres. Un Elías sin Mesías, lleno de fiebre y alcohol, con las espaldas pegadas a esta puerta enmohecida, con el dedo levantado hacia un cielo bajo, cubriendo de imprecaciones a hombres sin ley, que no pueden soportar ningún juicio.

Porque, en efecto, no lo pueden soportar, mi muy querido amigo; ahí, está toda la cuestión. El que se adhiere a una ley no teme el juicio, que vuelve a colocarlo en un orden en el que él cree. Pero el mayor de los tormentos humanos consiste en que lo juzguen a uno sin ley. Sin embargo, padecemos precisamente de ese tormento. Privados de su freno natural, los jueces, desencadenados al azar, lo despachan a uno en un santiamén. Entonces, ¿no le parece?, hay que procurar actuar más rápido que ellos. Y así se produce un gran desorden. Los profetas y los curanderos se multiplican, se apresuran para traernos una buena ley o una organización impecable, antes de que la tierra quede desierta. ¡Felizmente yo llegué! Yo soy el principio y el comienzo, yo anuncio la ley. En suma, que soy juez penitente.

Sí, sí, mañana le diré en qué consiste este magnífico oficio. Usted parte pasado mañana, de manera que tenemos prisa. Venga usted a mi casa, ¿quiere? Golpee tres veces a la puerta. ¿Vuelve a París? París está lejos, París es hermoso, no lo olvidé. Recuerdo sus crepúsculos en esta época, más o menos. La tarde cae, seca y rechinante, sobre los techos azules de humo; la ciudad gruñe sordamente, el río parece remontar su cursa. Entonces yo vagaba por las calles. Ahora también ellos vagan, lo sé. Vagan fingiendo que tienen prisa por llegar a la mujer hastiada, a la casa severa.

… ¡Ah!, amigo mío, ¿sabe usted lo que es la criatura solitaria que vaga en las grandes ciudades?

Me siento lleno de confusión por tener que recibirlo acostado. No es nada, un poco de fiebre que curo con ginebra. Estoy acostumbrado a estos accesos, creo que del paludismo que contraje en la época en que era Papa. No, no bromeo sino a medias. Sé lo que está pensando: es difícil distinguir lo verdadero de lo falso en lo que cuento. Admito que usted tiene razón. Yo mismo… Mire usted, una persona de mi círculo dividía los seres en tres categorías: los que prefieren no tener nada que ocultar, antes de verse obligados a mentir; los que prefieren mentir, antes que no tener nada que ocultar; y, en fin, aquellos a quienes les gusta al propio tiempo mentir y ocultar. Le dejo a usted que elija el casillero que más me conviene.

¿Y qué importa después de todo? ¿Es que, en última instancia, las mentiras no nos ponen en el camino de la verdad? Y mis historias, verdaderas o falsas, ¿no tienden todas al mismo fin, no tienen todas el mismo sentido? ¿Qué importa entonces que sean verdaderas o falsas si, en ambos casos, significan lo que fui y lo que soy? A veces vemos con mayor claridad en aquel que miente que en el que dice la verdad. La verdad, lo

mismo que la luz, encandila. La mentira, en cambio, es un hermoso crepúsculo que nos hace valorar todos los objetos. ¡Vaya, tómelo como guste! Pero lo cierto es que me nombraron Papa en un campo de prisioneros.

Le ruego que se siente. Veo que mira este cuarto, desnudo, es cierto, pero limpio. Un Vermeer, no hay muebles ni cacerolas. Tampoco hay libros. Hace mucho tiempo que dejé de leer. Antes mi casa estaba llena de libros leídos a medias. Eso es tan repugnante como lo que hace esa gente que mordisquea un foie gras y manda tirar el resto. Por otra parte, a mí me gustan sólo las confesiones y la verdad es que los autores de confesiones escriben sobre todo para no confesarse, para no decirnos nada de lo que saben. Cuando dicen que van a pasar a las declaraciones, bueno, es el momento de desconfiar. Lo que harán es aplicar afeites al cadáver. Créame, soy orfebre. Entonces corté por lo sano. No más libros, no más objetos vanos tampoco; sólo lo estrictamente necesario. Limpio y lustrado como un ataúd. Por lo demás, en estas camas holandesas, tan duras, con sábanas inmaculadas, embalsamadas de pureza, muere uno ya en una mortaja.

¿Tiene usted curiosidad por conocer mis aventuras pontificias? Ha de saber que son bien triviales. ¿Tendré la fuerza de hablarle de ellas? Sí, me parece que la fiebre disminuye. Hace mucho tiempo de aquello. Fue en África donde, gracias a Rommel, ardía la guerra. Yo no estaba mezclado en ella, puede estar usted seguro. Ya había terminado con la de Europa. Me movilizaron, claro está; pero nunca vi el fuego. En cierto sentido, lo lamento. Tal vez habría cambiado en mí muchas cosas. El ejército francés no tuvo necesidad de mí en el frente.

Únicamente me pidió que participara en la retirada. Llegué a París en seguida; y los alemanes también. Me sentí tentado a intervenir en el movimiento de resistencia, del que comenzaba a hablarse, aproximadamente en el momento en que descubrí que yo era un patriota. ¿Se sonríe usted? Pues se equivoca. Hice mi descubrimiento en los pasillos del subterráneo, en Chátelet. Un perro se había extraviado en el laberinto. Era grande, de pelo duro, tenía una oreja quebrada, los ojos alegres, y daba brincos y olfateaba las piernas de los que pasaban. Me gustan los perros que tienen una ternura muy antigua y muy fiel. Me gustan porque siempre perdonan. Llamé a aquel perro, que, visiblemente conquistado, vaciló moviendo entusiastamente los cuartos traseros, a algunos metros delante de mí. En ese momento pasó un joven soldado alemán, que caminaba

alegremente. Cuando llegó junto al perro le acarició la cabeza. Sin vacilar, el animal ajustó su pase al del soldado, con el mismo entusiasmo de antes, y desapareció con él. Por el despecho y por la especie de furor que sentí contra el soldado alemán tuve que reconocer que mi reacción era patriótica. Si el perro hubiera seguido a un civil francés no me habría importado. Me imaginé, en cambio, a aquel simpático animal convertido en mascota de un regimiento germano y me sentí invadido de furor. La prueba era, pues, convincente.

Me fui a la zona sur con la intención de informarme sobre la resistencia. Pero una vez que me hube informado, vacilé. La empresa me parecía un tanto loca y, para decirlo todo, romántica.

Creo, sobre todo, que la acción subterránea no convenía ni a mi temperamento ni a mi ambición por las cimas aireadas. Me parecía que se me pedía a mí trabajar en un sótano día y noche, esperando a que algunos brutos vinieran a descubrirme. Luego tendría que deshacer mi trabajo y verme arrojado a otro sótano, en que me golpearían hasta dejarme muerto. Admiraba a los que se entregaban a este heroísmo de las profundidades, pero no podía imitarlos.

Me fui, pues al África del Norte, con la vaga intención de llegar luego a Londres. Pero en África la situación no era clara. Los partidos opuestos, según me parecía, tenían igualmente razón, y me abstuve de intervenir. Veo por su cara que paso por alto demasiado rápido, según usted, estos detalles. Y bueno, digamos que habiéndole juzgado a usted en su verdadero valor, paso rápidamente por ellos a fin de que usted los advierta con más claridad. Lo cierto es que gané por fin la zona tunecina, donde una tierna amiga me aseguraba trabajo. Esa amiga era una criatura muy inteligente, que se ocupaba de cinematógrafo. La seguí a Túnez y no me enteré de su verdadero oficio hasta los días que siguieron al desembarco de los aliados en Argelia. Aquel día los alemanes la detuvieron y a mí también, aunque sin quererlo; no sé qué se hizo de ella. En cuanto a mí, no me hicieron daño alguno y, después de pasar grandes angustias, comprendí que se trataba, sobre todo, de una medida de seguridad. Quedé internado cerca de Trípoli en un campo en el que más se padecía a causa de la sed y de las privaciones que de los malos tratos. No le describiré ese campo. Nosotros, hijos de la mitad del siglo, no tenemos necesidad de ilustraciones para imaginarnos esos lugares. Hace ciento cincuenta años, la gente se enternecía por los lagos y los bosques; hoy poseemos el lirismo de lo celular. De manera que

confío en usted. No tiene sino que agregar algunos detalles: el calor, el sol vertical, las moscas, la arena, la falta de agua.

Con nosotros estaba un joven francés que tenía fe. Sí, decididamente es un cuento de hadas. Era del tipo Duguesclin, si usted quiere. Había pasado de Francia a España para combatir.

El general católico lo había internado y, por haber visto que en los campos franquistas los garbanzos estaban, sí es licito que lo diga, así, bendecidos por Roma, había quedado sumido en una profunda tristeza. Ni el cielo de África, adonde había ido a parar casi en seguida, ni las expansiones del campo, lograron sacarlo de esa tristeza. Pero sus reflexiones y también el sol, lo habían hecho salir un poco de su estado normal. Un día en que, bajo una tienda que chorreaba plomo fundido y la decena de hombres que formaba nuestro grupo jadeaba entre las moscas, el joven renovó sus diatribas contra aquel a quien él llamaba "el romano". Nos miraba con aire extraviado, con su barba de muchos días. Tenía el torso desnudo cubierto de sudor y las manos se paseaban, como tocando el piano, sobre el visible teclado de sus costillas. Nos declaró que era necesario un nuevo Papa, un Papa que viviera entre los desdichados, en lugar de rezar en un trono, y que cuanto más pronto apareciera, sería mejor. Nos miraba fijamente, con ojos extraviados y sacudiendo la cabeza. "Sí", repetía. "¡Lo más pronto posible!" Luego se calmó súbitamente y con voz melancólica dijo que había que elegirlo entre nosotros, que había que escoger un hombre completo, con sus defectos y sus virtudes, a quien era menester jurar obediencia, con la única condición de que ese hombre aceptara mantener viva en él y en los demás la comunidad de nuestros sufrimientos. ¿Quién de entre nosotros tiene más debilidades?", preguntó. Por chancearme, yo levanté el dedo y fui el único que lo hizo: "Bien, Jean-Baptiste servirá." No, no dijo eso, puesto que entonces yo tenía otro hombre. Por lo menos declaró que designarse como yo lo había hecho suponía la mayor de las virtudes y por eso propuso que me eligieran. Los otros consintieron por juego, aunque así y todo con ciertas trazas de gravedad. Lo cierto es que Duguesclin nos había impresionado. Yo mismo creo que en modo alguno me reía. Me pareció, primero, que mi pequeño profeta tenía razón; y luego el sol, los trabajos agotadores, la lucha por el agua, en fin, que no estábamos del todo en nuestros cabales.

La verdad es que ejercí mi pontificado durante muchas semanas y cada vez con mayor seriedad.

¿En qué consistía mi pontificado? Vaya, yo era una especie de jefe de grupo o de secretario de célula. De todas maneras, los otros, aun aquellos que no tenían fe, tomaron la costumbre de obedecerme. Duguesclin, agonizante, sufría, y yo administraba sus sufrimientos. Entonces me di cuenta de que no era tan fácil como generalmente se cree ser Papa y me acordé de ello aun ayer, después de haberle espetado tantos discursos desdeñosos sobre los jueces, nuestros hermanos.

En aquel campo de prisioneros el gran problema era la distribución de agua. Se habían formado otros grupos, políticos y confesionales, y cada cual favorecía a sus camaradas. Me vi, pues, llevado a favorecer a los míos, lo cual ya era, por cierto, una pequeña concesión. Y aun entre nosotros mismos no pude mantener una igualdad perfecta. Según el estado de mis compañeros o según los trabajos que debían realizar, favorecía a éste o aquél. Y estas distinciones llevan muy lejos, puede usted creerme. Pero, decididamente, estoy cansado y ya no tengo ganas de pensar en aquella época. Digamos que colmé la medida el día en que me bebí el agua de un camarada agonizante. No, no, no era Duguesclin; creo que él ya se había muerto… Se privaba demasiado.

Además, si él hubiera estado allí, por el amor que le tenía, yo habría resistido durante más tiempo, porque yo lo quería, sí, lo quería. O por lo menos, así me lo parece. Pero me bebí el agua; eso es seguro. Porque me persuadí de que los otros tenían necesidad de mí (más necesidad de mi que de quien de todas maneras iba a morirse) y de que debía conservarme para ellos. Es así, querido amigo, bajo el cielo de la muerte, como nacen los imperios y las iglesias.

Y para corregir un poco mis discursos de ayer, le comunicaré la gran idea que se me ocurrió hablando de todo esto, y de lo cual ya no sé siquiera si lo viví o lo soñé. Mi gran idea es que hay que perdonar al Papa. Primero, porque él tiene más necesidad que nadie de que lo perdonen, y luego porque es la única manera de colocarse por encima de él…

¡Oh!, ¿cerró usted bien la puerta? ¿Sí? Le ruego que vaya a asegurarse. Perdóneme usted, tengo el complejo del cerrojo. En el momento de dormirme, nunca puedo saber si corrí el cerrojo. Todas las noches he de levantarme para comprobarlo. Uno nunca está seguro de nada; ya se lo dije. No vaya a creer usted que esta inquietud del cerrojo sea una reacción de propietario temeroso. Antes no cerraba con llave mi departamento ni mi coche. No guardaba el dinero, no me importaba lo que poseía. A decir

verdad, tenía un poco de vergüenza de poseer cosas. ¿Acaso no me ocurría que en mis discursos mundanos proclamara con convicción: "¡La propiedad, señores, es un crimen!"? No teniendo el corazón suficientemente grande para compartir mis riquezas con algún pobre que las mereciera, las dejaba a disposición de eventuales ladrones, con la esperanza de que el azar corrigiera así la injusticia. Por lo demás, hoy ya no poseo nada. De manera que no me inquieto por mi seguridad, sino por mí mismo y por mi presencia de espíritu.

También me importa mucho cerrar cuidadosamente la puerta del pequeño universo hermético del que soy rey, Papa y juez.

Y ya que hablamos de esto, ¿quiere usted abrir ese ropero? Ese cuadro, sí, mírelo usted bien. ¿No lo reconoce? Son Los jueces íntegros. ¿Y no se sobresalta usted? ¿Será que su cultura tiene algunas lagunas? Sin embargo, si leyera usted los diarios, recordaría que en 1934 en la ciudad de Gantes, en la catedral de Saint-Bavon, se consumó el robo de uno de los paneles del famoso retablo de Van Eyck: El cordero místico. Ese panel se llamaba Los jueces íntegros.

Representaba a unos jueces que, a caballo, iban a adorar al santo cordero. Se lo reemplazó por una copia excelente, porque no llegó a encontrarse el original. Y bien, aquí lo tiene. No, yo no intervine en el robo. Un parroquiano del Mexico-City, a quien usted vio el otro día, se lo vendió al gorila por unas botellas, en una noche de embriaguez. Primero aconsejé a nuestro amigo que lo colgara en un buen lugar y por largo tiempo, y mientras se los buscaba por el mundo entero, nuestros devotos jueces reinaron en el Mexico-City, sobre borrachos y rufianes. Luego el gorila, a instancias mías, lo dejó en depósito aquí. Se resistió un tanto a hacerlo y puso cara de pocos amigos, pero cuando le expliqué todo el asunto, se asustó. Desde entonces, estos estimables magistrados son mi única compañía. Allá en el bar, por encima del mostrador, habrá podido apreciar usted qué vacío dejaron.

¿Por qué no restituí el panel? ¡Ah, ah, pero usted tiene reflejos policiales! Pues bien, le responderé como le respondería a un juez de instrucción, en el caso harto improbable de que alguien pudiera enterarse por fin de que el cuadro vino, a parar a mi pieza. En primer lugar, porque no es mío, sino del dueño del Mexico-City, que lo merece tanto como el obispo de Gantes. En segundo lugar, porque entre los que desfilan ante El cordero místico nadie sería capaz de distinguir la copia del original, y por

lo tanto nadie se perjudica por mi culpa. En tercer lugar, porque de esta manera, domino. Se proponen a la admiración del mundo jueces falsos, siendo así que el único que conoce los verdaderos soy yo. En cuarto lugar, porque así tengo una posibilidad de que me envíen a la prisión, idea en cierto modo atractiva. En quinto lugar, porque esos jueces van a encontrarse con el cordero, siendo así que ya no hay cordero alguno ni inocencia. Y por lo tanto, el hábil pillo que robó el panel era un instrumento de la justicia desconocida, a la que no conviene contrariar. Y por fin, porque de esta manera estamos en el orden de las cosas. Habiéndose separado la justicia definitivamente de la inocencia, ésta en la cruz, aquélla en el ropero, tengo libre campo para trabajar de acuerdo con mis convicciones. Puedo ejercer, sin remordimiento alguno de conciencia, la difícil profesión de juez penitente que adopté después de tantos sinsabores y contradicciones; y ya es hora, puesto que usted se marcha, que le diga por fin en qué consiste esta profesión.

Pero permítame antes que me incorpore un poco para respirar mejor. ¡Oh, qué cansado estoy! Cierre bajo llave a mis jueces. Gracias. En este momento estoy ejerciendo la profesión de juez penitente. Por lo general, mi despacho está en el Mexico-City, pero las grandes vocaciones se prolongan más allá del lugar de trabajo. Ejerzo mi profesión en la cama y aun estando afiebrado. Por lo demás, esta profesión no se la ejerce; se la respira, a todas horas. En efecto, no crea usted que durante estos cinco días le estuve espetando largos discursos por puro gusto. No, en otra época hablé bastante para no decir nada. Ahora mis discursos están orientados, orientados evidentemente, por la idea de acallar las risas, de evitar personalmente el juicio, aunque, en apariencia, no exista salida alguna. ¿Es que el gran obstáculo para sustraerse al juicio no estriba en que nosotros mismos somos los primeros en condenarnos? De manera que hay que empezar por extender la condenación a todos, sin distinción, a fin de que quede diluida.

Mi punto de partida, mi principio, consiste en no admitir nunca excusas para nadie. Niego la buena intención, el error estimable, el paso equivocado, la circunstancia atenuante. Yo no bendigo, no distribuyo absoluciones. Sencillamente, lo sumo todo y luego digo: "Éste es el monto. Usted es un perverso, un sátiro, un mitómano, un pederasta, un artista, etc." Así mismo.

Secamente. En filosofía, lo mismo que en política, soy, pues, partidario de toda teoría que niega la inocencia del hombre y de toda práctica que lo

trata como culpable. En mi está viendo usted, querido amigo, un partidario ilustrado de la servidumbre.

A decir verdad, sin la servidumbre no es posible llegar a una solución definitiva. Lo comprendí muy rápidamente. Antes yo tenía la libertad sólo en la boca. Cuando me desayunaba, yo la extendía sobre las rebanadas de pan, la masticaba todo el día y entonces, en medio de la gente tenía yo un aliento deliciosamente refrescado por la libertad. Asestaba esta palabra maestra a quienquiera que me contradijera.

La había puesto al servicio de mis deseos y de mi poder. La murmuraba en el lecho al oído adormecido de mis amigas y ella me ayudaba a plantarlas. La deslizaba… Vaya, me excita y pierdo la medida. Después de todo, hube de hacer de la libertad un uso más desinteresado y hasta, juzgue usted mi ingenuidad, hube de defenderla dos o tres veces, sin llegar, claro está, a morir por ella; pero así y todo, corriendo algunos riesgos. Tiene que perdonarme esas imprudencias; no sabía lo que hacía. No sabía que la libertad no es una recompensa ni una condecoración que se celebra con champán; ni tampoco un regalo, una capa de golosinas destinada a satisfacer la gula. ¡Oh, no! por el contrario, con ella uno es un vasallo de digno servicio y debe emprender una carrera total, solitaria, extenuante. Nada de champán, nada de amigos que levanten sus copas y que nos miren con ternura. Está uno solo en una lúgubre sala, solo en él banquillo, frente a los jueces, y solo para decidir frente a sí mismo o frente al juicio de los otros. Al cabo de toda libertad hay una sentencia. Aquí tiene usted la razón de que la libertad sea una carga demasiado pesada. Sobre todo cuando uno tiene fiebre o pesares o no ama a nadie.

¡Ah, querido amigo, para quien está solo, sin Dios y sin amo, el peso de los días es terrible!

De manera que no estando ya Dios en el mundo, hay que elegirse un amo. Por lo demás, la palabra Dios ya no tiene sentido; no vale la pena que uno se ponga a correr el riesgo de escandalizar a la gente. Mire usted, a nuestros moralistas, tan serios, que aman a sus semejantes y todo, nada los separa en definitiva del estado de cristianos, si no es el que prediquen en las iglesias. A su juicio, ¿qué les impide convertirse? El respeto, tal vez, el respeto de los hombres. Sí, el respeto humano. No quieren dar escándalo y entonces se guardan sus sentimientos para ellos.

Conocí a un novelista ateo que oraba todas las noches. Eso no era impedimento: ¿qué le daba a Dios en sus libros? ¡Qué paliza!, como decía

ya no me acuerdo quién. Un librepensador militante a quien yo me confié levantaba los brazos al cielo, sin mala intención por lo demás. "No me enseña usted nada", suspiraba aquel apóstol. "Son todos así." Según él, el ochenta por ciento de nuestros escritores, si pudiera no firmar sus libros, escribiría y saludaría el nombre de Dios. Pero los escritores firman sus libros, también según él, porque se aman, y no saludan a Dios porque se detestan. Pero, como de todas maneras no pueden prescindir de juzgar, entonces se desquitan en la moral. En suma, que tienen el satanismo virtuoso. Época singular, verdaderamente. ¿Hay que admirarse acaso de que los espíritus estén turbados y de que uno de mis amigos, ateo, mientras fue un marido irreprochable, se haya convertido al hacerse adúltero?

¡Ah, los insignificantes cazurros, comediantes, hipócritas, tan conmovedores con todo eso!

Créame, todos son así, aun cuando incendien el cielo. Sean ateos o devotos, moscovitas o bostonianos, son todos cristianos de padre a hijo. ¡Pero, precisamente ya no hay padre, ya no hay regla! Entonces uno es libre y tiene que arreglárselas por sí mismo. Y como no quieren saber nada de la libertad ni de sus sentencias, piden que les golpeen en los dedos, inventan reglas terribles, corren a construir piras para reemplazar las iglesias, son Savonarolas, le digo a usted.

Pero únicamente creen en el pecado; nunca en la gracia. Claro está que piensan en ella. Eso es precisamente lo que quieren: la gracia en sí, el abandono, la felicidad de ser. Y quién sabe si no quieren también, porque además son sentimentales, los esponsales, la muchacha fresca, el hombre recto, la música. Yo, por ejemplo, que no soy sentimental, ¿sabe usted con lo que soñé?

Con un amor completo, con un amor de todo el corazón y todo el cuerpo, amor de día y de noche, en un abrazo incesante, en el que gozara y me exaltara. Y que esto durara cinco años.

Después, la muerte. ¡Ay!

Entonces, ¿no es cierto?, sin esponsales o sin ese amor incesante, tenemos el matrimonio, brutal, con el poder y el látigo. Lo esencial es que todo se haga sencillo, como lo es para los niños. Lo esencial es que se nos mande cada acto, que el bien y el mal se nos designen de manera arbitraria y por lo tanto evidente. Y yo, por siciliano o javanés que sea, estoy de acuerdo. Que no haya, pues, cristianos de tres al cuarto, aunque yo aprecie mucho al primero de ellos. Pero en los puentes de París yo también me di

cuenta de que tenía miedo de la libertad. ¡Viva, pues, el amo, quienquiera que sea, que reemplace la ley del cielo! "Padre Nuestro, que estás transitoriamente aquí… Guías nuestros jefes deliciosamente severos, ¡oh, conductores crueles y muy amados! . . . "

En fin, ya ve usted que lo esencial es dejar de ser libre y obedecer, en el arrepentimiento, a quien es más pillo que uno. Cuando seamos todos culpables, tendremos la democracia. Sin contar, querido amigo, el hecho de que hay que vengarse de tener que morir solo. La muerte es solitaria, en tanto que la servidumbre es colectiva. Los otros también tienen sus cuentas y al mismo tiempo que nosotros; eso es lo importante. Todos reunidos, por fin, pero de rodillas y con la cabeza gacha.

¿No es también conveniente vivir a semejanza de la sociedad y, para ello es menester que la sociedad se asemeje a mí? La amenaza, el deshonor, la policía, son los sacramentos de esta semejanza. Despreciado, acosado, obligado a obrar de tal o cual manera, puedo desarrollarme con la plenitud de mi medida, puedo gozar de lo que soy, ser natural al fin. Por eso, mi muy querido amigo, después de haber saludado solemnemente a la libertad, decidí, en secreto, que había que endosársela sin dilación a cualquier otro. Y cada vez que puedo hacerlo, predico en mi iglesia del Mexico-City. Allí invito a la buena gente a someterse y a solicitar con empeño y humildad los consuelos de la servidumbre, aun cuando la presente como la verdadera libertad.

Pero no soy ningún loco. Bien me doy cuenta de que la esclavitud no es cosa que podrá sobrevenir mañana. Será uno de los beneficios del futuro, eso es todo. Mientras tanto, tengo que arreglármelas con el presente y buscar una solución, por lo menos transitoria. Tuve, pues, que encontrar otro medio de extender el juicio a todo el mundo, para que a mí me resultara más liviano. Y encontré ese medio. Le ruego que abra un poco la ventana. Aquí hace un calor aplastante. No la abra demasiado, porque también tengo frío. Mi idea es a la vez sencilla y fecunda. ¿Cómo hacer para que todo el mundo se meta en el baño, a fin de que uno tenga el derecho de secarse al sol? ¿Iba a subir a una tribuna, como muchos de mis ilustres contemporáneos, y maldecir a la humanidad? ¡Muy peligroso! Un día, o una noche, la risa estalla sin más ni más. La sentencia que lanzamos sobre los otros termina por volverse derechamente contra nuestro rostro y no deja de producir sus estragos. ¿Entonces?, pregunta usted. Pues bien, éste es mi rasgo genial. Descubrí que mientras aguardamos el advenimiento

de los amos y de sus varas, deberíamos, como hizo Copérnico, invertir el razonamiento para triunfar. Pues que no puede uno condenar a los otros sin juzgarse en seguida, era menester que uno mismo se abrumara, para tener el derecho de juzgar a los demás. Puesto que todo juez termina un día siendo penitente, había que hacer el camino en sentido inverso y ejercer la actividad de penitente para poder terminar siendo juez. ¿Me sigue usted? Bien. Pero para ser aún más claro, voy decirle cómo trabajo.

Comencé por cerrar mi bufete de abogado; salí de París y viajé. Procuré establecerme con otro nombre en algún lugar en que no me faltara ocasión de practicar mi oficio. Hay muchos de esos lugares en el mundo, pero el azar, la comodidad, la ironía y también la necesidad de cierta mortificación, me hicieron elegir una capital de aguas y de brumas, rodeada de canales, ciudad particularmente populosa y visitada por hombres llegados de todo el mundo. Instalé mi despacho en un bar del barrio de marineros. La clientela de los puertos es muy variada. Los pobres no van a los barrios lujosos, en tanto que la gente de calidad termina siempre por ir a parar, una vez al menos, y usted bien lo ha visto, a lugares de mala fama. Acecho especialmente al burgués, al burgués que se extravía; con él alcanzo mi pleno rendimiento. Como buen virtuoso, arranco de talen instrumentos las notas más refinadas.

Ejerzo, pues, mi profesión en el Mexico-City, desde hace algún tiempo. Consiste primero, como usted ya vio, en practicar una confesión pública, con la mayor frecuencia que sea posible.

Me acuso larga y ampliamente. Eso no es difícil; ahora tengo memoria. Pero fíjese bien, no me acuso groseramente golpeándome el pecho, no; navego con suavidad, multiplico los matices, también las digresiones y adapto mi discurso al oyente. Voy mezclando cosas que me conciernen con otras que se refieren a los demás. Tomo los rasgos comunes, las experiencias que hemos tenido juntos, las debilidades que compartimos, el buen tono, en fin, el hombre del día tal como se da en mí y en los otros. Con todos esos elementos compongo un retrato que es el de todos y el de nadie. Una máscara, en suma, bastante parecida a las del carnaval, que son a la vez fieles y simplificadas, y frente a las cuales uno se dice: ¡Vaya, a éste ya lo he visto antes! Cuando el retrato queda terminado, como esta noche, lo muestro lleno de desolación: "Mire, ¡ay!, lo que soy." Y así termina la fase requisitoria. Pero, al mismo tiempo, el retrato que tiendo a mis contemporáneos se convierte en un espejo.

Cubierto de ceniza, arrancándome lentamente los cabellos, mostrando la cara arañada por mis uñas, pero con la mirada penetrante, me expongo a la humildad entera, mientras recapitulo mis vergüenzas, sin perder por ello de vista el efecto que produzco, y digo: "Yo era el último de los hombres." Entonces, insensiblemente, paso en mi discurso del yo al nosotros. Cuando llego a declarar "Esto es lo que somos", el juego está hecho y entonces puedo decirles la verdad. Yo soy como ellos, desde luego. Todos estamos hechos de la misma tela. Sin embargo, tengo una superioridad, la de saberlo, y esa superioridad es la que me da derecho a hablar. Estoy seguro de que aprecia usted la ventaja. Cuanto más me acuso más derecho tengo a juzgarlo a usted. Más aún, lo proceso a que se juzgue usted mismo, lo cual alivia mi trabajo. ¡Ah, querido amigo, somos extrañas, miserables criaturas! Y por poco que examinemos nuestra vida anterior, no nos faltan ocasiones de asombrarnos y de escandalizarnos nosotros mismos. Inténtelo. Puede usted estar seguro de que escucharé su confesión con un profundo sentimiento de fraternidad.

¡No se ría! Sí, usted es un cliente difícil, lo advertí a primera vista. Pero ya se avendrá a esto; es inevitable. La mayor parte de los hombres es más sentimental que inteligente. En seguida se los desorienta. Con los inteligentes es una cuestión de tiempo. Pero basta explicarles el método a fondo. Ellos no lo olvidan, reflexionan. Un día u otro, a medias por juego, a medias por confusión, se muestran abiertamente. Usted no sólo es inteligente, sino que, además, tiene el aspecto de haber vagado mucho. Confiese, sin embargo, que hoy se siente menos contento de sí mismo que hace cinco días. Ahora esperaré a que me escriba o que vuelva aquí, porque usted ha de volver; no tengo la menor duda. Me encontrará inmutable, como siempre. ¿Y por qué habría de cambiar si encontré la felicidad que me conviene? En lugar de afligirme, acepté la duplicidad.

Me instalé en ella y en ella encontré el bienestar que busqué toda mi vida. En el fondo, me equivoqué al decirle que lo esencial era evitar el juicio. Lo esencial es poder permitírselo todo, aun a costa de declarar, de cuando en cuando y a voz en cuello, la propia indignidad. De nuevo he vuelto a, permitírmelo todo; y esta vez sin risas. No cambié de vida, continúo amándome y sirviéndome de los demás, sólo que la confesión de mis faltas me permite volver a comenzar con mayor facilidad y gozar dos veces, primero de mi naturaleza y luego de un encantador arrepentimiento.

Desde que hallé esta solución, me abandono a todo, a las mujeres, al

orgullo, al tedio, al resentimiento, y hasta a la fiebre que en este momento siento subir deliciosamente. Por fin reino, pero esta vez para siempre. Además, encontré una cima y sólo yo subo a ella; desde allí puedo juzgar a todo el mundo. A veces, cuando la noche es realmente hermosa, oigo una lejana risa y entonces vuelvo a dudar. Pero en seguida aplasto todas las cosas, criaturas y creación, bajo el peso de mi propia enfermedad, y heme de nuevo emperifollado.

Esperaré, pues, en el Mexico-City sus saludos, todo el tiempo que sea necesario; pero retire usted esta colcha, por favor, que quiero respirar. Vendrá usted, ¿no es cierto? Hasta le mostraré los detalles de mi técnica, pues usted me inspira cierto afecto. Me verá cómo les enseño, a lo largo de la noche, que ellos son infames. Por lo demás, desde hoy volveré a comenzar. No puedo prescindir, no puedo privarme de esos momentos en los que uno de ellos se desploma, con la ayuda del alcohol, y se golpea el pecho. Entonces me engrandezco, querido amigo, me engrandezco, respiro libremente, estoy en lo alto de la montaña, y la llanura se extiende bajo mis ojos. ¡Qué embriaguez, ésta de sentirse Dios padre, y de distribuir certificados definitivos de mala vida y de malas costumbres! Reino entre mis ángeles viles, en la cima del cielo holandés y, saliendo de las brumas del agua, veo subir hacia mí la multitud del Juicio Final. Esas gentes van elevándose poco a poco, lentamente. Veo llegar ya al primero. En su rostro extraviado, a medias oculto por una mano, leo la tristeza de la condición común y la desesperación de no poder escapar a ella. Y yo lo lamento sin absolver, lo comprendo sin perdonar y, sobre todo, ¡ah, siento por fin que se me adora!

Sí, me agito. ¿Cómo podría quedarme juiciosamente acostado? Tengo que estar más alto que usted. Mis pensamientos me hacen levantar. Esas noches, mejor dicho, esas mañanas, porque la caída se produce al alba, salgo, ando por las calles con paso arrebatado y me paseo a lo largo de los canales. En el cielo descolorido, las capas de plumas se hacen más delgadas, las palomas se elevan un poco y una luz rosada anuncia, a ras de los tejados, un nuevo día de mi creación. En el Damrak, el primer tranvía hace oír su campanilla en el aire húmedo y anuncia el despertar de la vida en el extremo de esta Europa en la que, en el mismo momento centenares de millones de hombres, mis súbditos, abandonan penosamente la cama, con la boca amarga, para Ir hacia un trabajo sin alegría. Entonces, volando con el pensamiento por encima de todo este continente que sin saberlo está

sometido a mí, bebiendo el día de ajenjo que nace, borracho, en fin, de malas palabras, soy feliz. Soy feliz, le digo; le prohíbo que no crea que soy feliz. ¡Soy feliz a rabiar! ¡Oh, sol, playas, y aquellas islas bajo los alisios, juventud, cuyo recuerdo desespera!

Vuelvo a acostarme, perdóneme usted. Temo haberme exaltado. Sin embargo, no lloro. A veces uno se extravía. Dudamos de la evidencia, aun cuando hayamos descubierto los secretos de una buena vida. Claro está que mi solución no es la solución ideal. Pero, cuando uno no ama su vida, cuando uno sabe que tiene que cambiar, no hay posibilidad de elegir, ¿no le parece? ¿Qué hacer para ser otro? Eso es imposible. Sería menester no ser ya nadie, olvidarse de sí mismo, por lo menos una vez. Pero ¿cómo es posible eso? No me abrume demasiado. Soy como aquel viejo mendigo que un día, en la terraza de un café, no quería retirar la mano: "Ah, señor", decía, "no es que sea mal hombre, sino que uno pierde la luz". Sí, perdimos la luz, perdimos las mañanas, la santa inocencia de quien se perdona a sí mismo.

Mire usted, está nevando. ¡Oh, tengo que salir! Ámsterdam dormida en la noche blanca, los canales de jade oscuro bajo los pequeños puentes nevados, las calles desiertas, mis pasos ahogados; todo eso será pureza fugaz, antes del barro de mañana. Mire cómo se estrellan contra los vidrios los enormes copos de nieve. Son seguramente palomas. Por fin se deciden a bajar esas queridas amigas; cubren las aguas y los techos con una espesa capa de plumas, palpitan en todas las ventanas. ¡Qué invasión! Esperemos que traigan la buena nueva. Todo el mundo se salvará, ¿eh? No solamente los elegidos; se compartirán las riquezas y las penas, y usted, por ejemplo, desde hoy se acostará todas las noches en el suelo por mí. ¡Vaya, toda la lira! Vamos, confiese que se quedaría usted patidifuso si del cielo bajara un carro para llevarme o si la nieve de pronto se incendiaria. ¿No lo cree probable? Yo tampoco. Pero, de todas maneras, es preciso que yo salga.

Bueno, bueno, me mantengo tranquilo. No se inquiete. No se fíe usted demasiado, por lo demás, de mis enternecimientos ni de mis delirios. Son dirigidos. Vea, ahora que va a hablarme usted, sabré si he alcanzado uno de los fines de mi apasionante confesión. En efecto, siempre espero que mi interlocutor sea un agente de policía y que me detenga por el robo de Los jueces íntegros. Por todo lo demás, ¿no le parece?, nadie puede arrestarme. Pero ese robo sí cae bajo la esfera de la ley y yo lo combiné todo para hacerme cómplice de él; oculto este cuadro y lo muestro a quien quiera

verlo. Entonces usted me arrestaría. Sí, sería un buen comienzo. Acaso en seguida se ocuparan también de todo lo demás, y entonces me decapitarían, por ejemplo; yo ya no tendría más miedo de morir y me salvaría. Usted levantaría mi cabeza aún fresca ante el pueblo reunido, para que la gente se reconociera en ella y yo volviera de nuevo a dominarla. Sería ejemplar. Todo quedaría consumado. Yo habría terminado, sin pena ni gloria, mi carrera de falso profeta que grita en el desierto y se resiste a salir de él.

Pero, claro está, usted no es de la policía, sería demasiado sencillo. ¿Cómo dice? ¡Ah, ya me parecía, mire usted! Ese extraño afecto que sentía por usted tenía su razón de ser. ¡De manera que ejerce en París la hermosa profesión de abogado! ¡Bien sabía yo que éramos de la misma raza! ¿No somos acaso todos parecidos? ¿No hablamos sin cesar y a nadie? ¿No nos hallamos siempre frente a las mismas preguntas, aunque sepamos de antemano las respuestas? Vamos, cuénteme usted, se lo ruego, lo que le ocurrió una noche en los muelles del Sena y cómo logró no arriesgar nunca su vida. Pronuncie usted mismo las palabras que, desde hace años, no han dejado de resonar en mis noches, y que por fin oiré por su boca: "Oh, muchacha, vuelve a lanzarte otra vez al agua, para que yo tenga una segunda oportunidad de salvarnos los dos." Una segunda vez, ¡ejem…, qué imprudencia! Supóngase usted, querido doctor, que se nos tomara la palabra. Habría que hacerlo. ¡Brr…! ¡El agua está tan fría! ¡Pero tranquilicémonos! ¡Ahora es ya demasiado tarde, siempre será demasiado tarde! ¡Felizmente!

Notas

[1] Alude a la forma fisse (j'en fisse ma société) que, si bien correcta, es anómala en la conversación corriente. <<

[2] Pierre, en francés significa igualmente "Pedro" y piedra". <<



ALBERT CAMUS (Mondovi, Argelia, 1913-Villeblerin, Francia, 1960) Novelista, dramaturgo y ensayista francés. Nacido en el seno de una modesta familia de emigrantes franceses, su infancia y gran parte de su juventud transcurrieron en Argelia. Inteligente y disciplinado, empezó estudios de filosofía en la Universidad de Argel, que no pudo concluir debido a que enfermó de tuberculosis.

Formó entonces una compañía de teatro de aficionados que representaba obras clásicas ante un auditorio integrado por trabajadores. Luego, ejerció como periodista durante un corto período de tiempo en un diario de la capital argelina, mientras viajaba intensamente por Europa. En 1939 publicó Bodas, conjunto de artículos que incluyen numerosas reflexiones inspiradas en sus lecturas y viajes. En 1940 marchó a París, donde pronto encontró trabajo como redactor en Paris-Soir.

Empezó a ser conocido en 1942, cuando se publicaron su novela corta El extranjero, ambientada en Argelia, y el ensayo El mito de Sísifo, obras que se complementan y que reflejan la influencia que sobre él tuvo el existencialismo. Tal influjo se materializa en una visión del destino humano como absurdo, y su mejor exponente quizá sea el «extranjero» de su

novela, incapaz de participar en las pasiones de los hombres y que vive incluso su propia desgracia desde una indiferencia absoluta, la misma, según Camus, que marca la naturaleza y el mundo.

Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial se implicó en los acontecimientos del momento: militó en la Resistencia y fue uno de los fundadores del periódico clandestino Combat, y de 1945 a 1947, su director y editorialista. Sus primeras obras de teatro, El malentendido y Calígula, prolongan esta línea de pensamiento que tanto debe al existencialismo, mientras los problemas que había planteado la guerra le inspiraron Cartas a un amigo alemán.

Su novela La peste (1947) supone un cierto cambio en su pensamiento: la idea de la solidaridad y la capacidad de resistencia humana frente a la tragedia de vivir se impone a la noción del absurdo. La peste es a la vez una obra realista y alegórica, una reconstrucción mítica de los sentimientos del hombre europeo de la posguerra, de sus terrores más agobiantes. El autor precisó su nueva perspectiva en otros escritos, como el ensayo El hombre en rebeldía (1951) y en relatos breves como La caída y El exilio y el reino, obras en que orientó su moral de la rebeldía hacia un ideal que salvara los más altos valores morales y espirituales, cuya necesidad le parece tanto más evidente cuanto mayor es su convicción del absurdo del mundo.

Si la concepción del mundo lo emparenta con el existencialismo de Jean-Paul Sartre y su definición del hombre como «pasión inútil», las relaciones entre ambos estuvieron marcadas por una agria polémica. Mientras Sartre lo acusaba de independencia de criterio, de estirilidad y de ineficacia, Camus tachaba de inmoral la vinculación política de aquél con el comunismo.

De gran interés es también su serie de crónicas periodísticas Actuelles. Tradujo al francés La devoción de la cruz, de Calderón, y El caballero de Olmedo, de Lope de Vega. En 1963 se publicaron, con el título de Cuadernos, sus notas de diario escritas entre 1935 y 1942. Galardonado en 1957 con el Premio Nobel de Literatura, falleció en un accidente de automóvil.